#21509
10/22/2009
C.Z

LA GAVIOTA

Comedia en cuatro actos

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

PERSONAJES

ARKÁDINA (Trepleva por su matrimonio), Irina Nikoláievna, actriz.
TREPLEV, Konstantín Gavrílovich, su hijo, hombre joven.
SORIN, Piotr Nikoláievich, hermano de Arkádina.
ZARÉCHNAIA, Nina Mijáilovna, joven hija de un rico terrateniente.
SHAMRÁEV, Ilyá Afanásievich, teniente de la reserva, administrador de Sorin.
POLINA ANDRÉIEVNA, su esposa.
MASHA, su hija.
TRIGORIN, Borís Alexéievich, literato.
DORN, Evgueni Serguéievich, médico.
MEDVÉDENKO, Semión Semiónovich, maestro.
YÁKOV, obrero.
COCINERO.
DONCELLA.

La acción se desarrolla en la propiedad de Sorin. Entre el tercer acto y el cuarto han transcurrido dos años.

La obra fue estrenada por el Teatro Alexandriinski, en San Petersburgo, el 17 de octubre de 1895.

ACTO PRIMERO

Parque de la propiedad de Sorin. Un estrado ocasional, destinado a una representación casera, corta la ancha alameda que se adentra hacia el lago, ocultándolo totalmente. Arbustos a ambos lados del estrado.

Algunas sillas y un velador.

Acaba de ponerse el sol. Sobre el estrado, detrás del telón, se encuentran YÁKOV *y otros* OBREROS. *Se oyen toses y martillazos. Por la izquierda entran* MASHA *y* MEDVÉDENKO, *que regresan de un paseo.*

MEDVÉDENKO. ¿A qué se debe que vista usted siempre de negro?
MASHA. Llevo luto por mi vida. Soy desgraciada.
MEDVÉDENKO. ¿Por qué razón? *(Pensativo.)* No lo entiendo... Tiene usted salud; su padre, aunque no sea rico, goza de un buen pasar. Para mí, la vida es mucho más dura. Sólo cobro veintitrés rublos al mes, y con descuento, además; pero, así y todo, no me pongo de luto.

(Se sientan.)

MASHA. No se trata del dinero. También una persona pobre puede ser feliz.
MEDVÉDENKO. Eso, es en teoría. Pero, en la práctica, resulta que tenemos un sueldo de veintitrés rublos al mes para mi madre, mis dos hermanas, mi hermano pequeño y yo. Y hace falta comer, ¿verdad? Hay que com-

prar té y azúcar, ¿verdad? Hay que comprar tabaco, ¿verdad? A ver cómo se arregla uno...

MASHA. *(Mirando hacia el estrado.)* Pronto comenzará la función.

MEDVÉDENKO. Sí. Actuará Zaréchnaia, y la obra es de Konstantín Gavrílovich. Están enamorados, y sus almas se fundirán hoy en un anhelo de ofrecer una misma imagen artística. En cambio, mi alma y la de usted no tienen ningún punto de comunión. Yo la amo a usted. Se me cae la casa encima pensando en usted, recorro a diario seis *verstas*[1] para venir aquí y seis de vuelta, y sólo encuentro su indiferencia. Se comprende. Yo soy un hombre carente de recursos y con una familia numerosa... ¿Quién va a querer casarse con un hombre que no tiene para comer?

MASHA. Bobadas. *(Toma rapé.)* Su amor me conmueve, pero yo no puedo corresponderle, y eso es todo. *(Ofreciéndole la tabaquera.)* ¿Le apetece?

MEDVÉDENKO. No, gracias.

(Pausa.)

MASHA. Hace bochorno. Parece que habrá tormenta esta noche. Usted no hace más que filosofar o hablar de dinero. Para usted, no hay mayor desgracia que la pobreza mientras que, a mi entender, es mil veces más fácil vestir andrajos y pedir limosna que... Aunque, usted no puede entenderlo...

(Por la derecha entran SORIN *y* TREPLEV.)

SORIN. *(Apoyándose en el bastón.)* A mí, ¿sabes?, el campo no me hace mucha gracia y, como es natural, nunca me acostumbraré a esto. Anoche me acosté a las diez y esta mañana me he despertado a las nueve con la impresión de que, de tanto dormir, los sesos se me habían pegado

[1] Antigua medida rusa itineraria igual a 1,06 km.

al cráneo o cosa por el estilo. *(Ríe.)* Después del almuerzo he vuelto a dormirme sin querer y ahora estoy totalmente molido; noto como una pesadilla, vamos...

TREPLEV. Cierto. Tú tienes que vivir en la ciudad. *(Al ver a* MASHA *y* MEDVÉDENKO.*)* Miren ustedes: cuando vaya a empezar la función, les avisarán; pero, ahora, no se puede estar aquí. Hagan el favor de retirarse.

SORIN. *(A* MASHA.*)* María Ilínichna: tenga la bondad de decirle a su señor padre que mande soltar al perro porque no hace más que aullar. Mi hermana tampoco ha podido conciliar hoy el sueño en toda la noche.

MASHA. Hable usted mismo con mi padre, porque yo no pienso hacerlo. Y dispense. *(A* MEDVÉDENKO.*)* ¡Venga usted!

MEDVÉDENKO. *(A* TREPLEV.*)* Conque, mándenos recado cuando vayan a empezar.

(Mutis de MASHA *y* MEDVÉDENKO.*)*

SORIN. De modo, que otra vez se pasará el perro aullando toda la noche. Es curioso, pero nunca he vivido en el campo como hubiera querido. A veces me tomaba veintiocho días de vacaciones, venía aquí con la intención de descansar y demás, pero empezaban a fastidiarme con tantas estupideces, que desde el primer momento me entraban ganas de largarme. *(Ríe.)* Siempre me marchaba de aquí con placer... Pero, ahora que estoy retirado, ¿adónde voy a ir, eh? Pues, aquí, quiera o no quiera...

YÁKOV. *(A* TREPLEV.*)* Konstantín Gavrílich: nosotros, vamos a bañarnos.

TREPLEV. Bueno. Pero, que estéis en vuestros sitios dentro de diez minutos. *(Consulta su reloj.)* Pronto empezará.

YÁKOV. A sus órdenes. *(Mutis.)*

TREPLEV. *(Contemplando el estrado.)* Ahí tienes el teatro. El telón, la primera bambalina, luego la segunda y después el vacío. Nada de decorados. El lago y el horizon-

te sirven de fondo. Alzaremos el telón a las ocho y media en punto, cuando salga la luna.

SORIN. Magnífico.

TREPLEV. Claro que todo el efecto se echará a perder si Zaréchnaia se retrasa. Ya debía estar aquí. El padre y la madrasta la vigilan, de modo que tanto le costaría escapar de una cárcel que escapar de su casa. *(Retoca la corbata de su tío.)* Tienes la barba y el pelo revueltos. Me parece que debías recortártelos...

SORIN. *(Pasándose los dedos por la barba.)* Ésta ha sido la tragedia de toda mi vida. Incluso de joven he tenido irremediablemente el aspecto de un borracho empedernido. Las mujeres nunca me han querido. *(Se sienta.)* Oye, ¿por qué está de mal humor mi hermana?

TREPLEV. ¿Por qué? Porque se aburre. *(Sentándose al lado.)* Tiene celos. Ya se ha puesto en contra mía, y en contra de la función, y en contra de la obra, porque es Zaréchnaia quien actúa, y no ella. No conoce mi obra, y sin embargo ya la odia.

SORIN. *(Riendo.)* Figuraciones tuyas...

TREPLEV. Le causa contrariedad que, incluso en un escenario tan pequeño como éste, sea Zaréchnaia quien obtenga un éxito y no ella. *(Consulta su reloj.)* Mi madre es un curioso caso psicológico. Tiene un talento indudable, es inteligente, es capaz de sollozar leyendo un libro, de recitarte todo Nekrásov, de atender a los enfermos como un ángel. Pero, intenta elogiar a la Duse delante de ella y verás cómo se pone. Hay que elogiarla exclusivamente a ella, hay que escribir acerca de ella, extasiarse y admirar su magnífica interpretación en *La dama de las camelias* o *La embriaguez de la vida*. Pero como aquí, en el campo, no hay ese incienso, se aburre, se enfada, y resulta que todos somos enemigos suyos, que todos somos culpables. Además, es supersticiosa, le tiene miedo a tres velas encendidas, al número trece. Es avara. En Odesa tiene setenta mil rublos en el banco, lo sé a ciencia cierta. Bueno, pues intenta pedirle dinero prestado y empezará a lamentarse.

SORIN. Te has imaginado que tu obra no le gusta a tu madre y ya estás nervioso. Eso es todo. Cálmate: tu madre te adora.

TREPLEV. *(Arrancando los pétalos de una flor.)* Me quiere, no me quiere; me quiere, no me quiere, no me quiere... *(Ríe.)* Mira: a mí no me quiere mi madre. ¡Claro que no! Ella desea gozar de la vida, amar, llevar blusas de colores claros, pero yo tengo ya veinticinco años y le recuerdo constantemente que ha dejado de ser joven. Cuando yo no estoy presente, ella sólo tiene treinta y dos años; cuando estoy a su lado, tiene cuarenta y tres.

Y por eso me odia. También sabe que yo no reconozco el teatro. Ella ama el teatro, le parece que sirve a la humanidad, al arte sagrado, mientras que, a mi entender, el teatro contemporáneo es pura rutina, es un prejuicio. Cuando se levanta el telón y, con luz artificial, en una estancia de tres paredes, estos grandes talentos, sacerdotes del arte sagrado, fingen que comen, beben, aman, caminan, visten de chaqueta; cuando se empeñan en sacar de las frases y las escenas triviales una moraleja, una moraleja ínfima, simplota, de andar por casa; cuando me ofrecen, bajo mil variantes, siempre lo mismo, siempre lo mismo, siempre lo mismo, yo echo a correr, huyo igual que huía Maupassant de la Torre Eiffel porque le oprimía los sesos con su cursilería.

SORIN. No es posible pasarse sin el teatro.

TREPLEV. Hacen falta formas nuevas. Sí, formas nuevas; y, si no las hay, más vale que no haya nada. *(Consulta su reloj.)* Yo quiero a mi madre, la quiero mucho, pero ella lleva una vida descabellada, se desvive por ese literato, su nombre aparece constantemente en los periódicos, y a mí me fatiga eso. En ocasiones, lo que habla en mí es sencillamente el egoísmo de un simple mortal; a veces lamento tener de madre a una actriz famosa y creo que me sentiría más feliz si fuera una mujer corriente. Mira, tío, no hay nada más desesperante y absurdo que mi situación: en su casa se dan cita actores y escritores, todos célebres, entre los cuales únicamente yo no pinto nada; y me soportan tan sólo porque soy

hijo de ella. ¿Quién soy yo? ¿Qué soy yo? Dejé la Universidad en el tercer año, por causas ajenas a la redacción, como suele decirse, no tengo talento alguno, no tengo ni un céntimo y, según mi pasaporte, soy burgués de Kíev. Porque mi padre era burgués de Kíev, aunque también era un actor de fama. Bueno, pues cuando en el salón de mi madre, todos esos artistas y escritores fijaban a veces en mí su condescendiente atención, a mí me parecía que con sus miradas medían mi insignificancia; yo adivinaba sus pensamientos y sufría de humillación...

SORIN. A propósito: ¿puedes decirme qué clase de hombre es ese literato? Es difícil entenderlo. Siempre está callado.

TREPLEV. Es un hombre inteligente, sencillo, algo melancólico, ¿sabes? Muy digno. Aún le falta mucho para los cuarenta, pero ya es célebre y todo le hastía... En cuanto a lo que escribe, ¿qué te diría yo? Resulta agradable, brillante..., pero... después de Tolstói o de Zola, se le quitan a uno las ganas de leer a Trigorin.

SORIN. Pues a mí, chico, me gustan los literatos. Hubo un tiempo en que deseaba ardientemente dos cosas: casarme y dedicarme a la literatura. Pero, ninguna de las dos cuajó. Al fin y al cabo, también resulta agradable ser un literato pequeño.

TREPLEV. *(Prestando oído.)* Oigo pasos. *(Abraza a su tío.)* No puedo vivir sin ella. Hasta el ruido de sus pasos es hermoso... Soy locamente feliz. *(Avanza, presuroso, hacia* NINA ZARÉCHNAIA, *que entra en ese momento.)* Es usted mi hada, es usted un sueño...

NINA. *(Inquieta.)* No llego tarde... Por supuesto que no llego tarde...

TREPLEV. *(Besándole las manos.)* No, no, no...

NINA. He estado preocupada todo el día. Tenía tanto miedo... Temía que mi padre no me permitiera... Pero ahora se han marchado, él y mi madrastra. El cielo está rojo, empieza a salir la luna y yo he venido fustigando todo el tiempo al caballo. *(Ríe.)* Pero, estoy contenta. *(Estrecha con fuerza la mano de* SORIN.)

SORIN. *(Riendo.)* Me parece que esos ojos han llorado. Vamos, vamos... Eso no está bien.

NINA. No tiene importancia. Mire cómo me cuesta respirar. Partiré dentro de media hora: hay que darse prisa.

No, no; por Dios santo, no me retenga. Mi padre ignora que estoy aquí.

TREPLEV. Tiene razón. Es hora de comenzar. Hay que llamar a todos.

SORIN. Iré yo, y ya está. Ahora mismo. *(Se dirige hacia la derecha cantando.)* «En Francia dos granaderos...» *(Vuelve la cabeza.)* Una vez me puse a cantar así, y un fiscal amigo mío me dijo: «Excelencia, tiene usted una voz muy potente...» Luego lo pensó un poco y añadió: «Pero, muy desagradable...» *(Mutis riendo.)*

NINA. Mi padre y su esposa no me permiten venir aquí. Dicen que éste es un ambiente bohemio..., temen que quiera meterme a actriz... Y yo me siento atraída hacia aquí, hacia el lago, lo mismo que una gaviota... Mi corazón está lleno de usted. *(Mira a su alrededor.)*

TREPLEV. Estamos solos.

NINA. Parece como si hubiera alguien allí...

TREPLEV. No hay nadie. *(Se besan.)*

NINA. ¿Qué árbol es éste?

TREPLEV. Un olmo.

NINA. ¿Y por qué es tan oscuro?

TREPLEV. Está anocheciendo, y los objetos se oscurecen. No se marche tan temprano, se lo suplico.

NINA. Tengo que hacerlo.

TREPLEV. ¿Y si fuera yo a su casa, Nina? Me pasaré la noche en el jardín contemplando su ventana.

NINA. No puede ser. Le descubriría el guarda. Además, Tresor no le conoce todavía bien y ladraría.

TREPLEV. Yo la amo.

NINA. Ssss.

TREPLEV. *(Al escuchar unos pasos.)* ¿Quién anda por ahí? ¿Es usted, Yákov?

YÁKOV. *(Desde detrás del estrado.)* Sí, señor.

TREPLEV. Que cada cual ocupe su sitio. Es hora de empezar. ¿Está saliendo la luna?

YÁKOV. Sí, señor.
TREPLEV. ¿Tiene preparado el alcohol? ¿Y el azufre? Cuando aparezcan los ojos rojos tiene que oler a azufre! *(A* NINA.) Vaya usted. Todo está preparado. ¿Está inquieta?
NINA. Sí, mucho. No por su madre, ella no me da miedo; pero, como tienen aquí a Trigorin... Me asusta y me cohíbe actuar delante de él... Un escritor conocido... ¿Es joven?
TREPLEV. Sí.
NINA. ¡Qué relatos tan encantadores escribe!
TREPLEV. *(Con frialdad.)* Lo ignoro. No los he leído.
NINA. En la obra de usted, es difícil actuar. No tiene personajes vivos.
TREPLEV. ¡Personajes vivos! La vida, no hay que representarla como es, ni tampoco como debe ser, sino tal y como la imaginamos en sueños.
NINA. La obra de usted tiene poca acción. Todo es hablar. Y a mí me parece que, en una obra de teatro, tiene que haber amor. No puede faltar el amor.

(Los dos hacen mutis detrás del estrado. Entran POLINA ANDRÉIEVNA *y* DORN.)

POLINA ANDRÉIEVNA. Empieza a haber humedad. Vuelva usted a casa y póngase los chanclos.
DORN. Tengo calor.
POLINA ANDRÉIEVNA. Usted no se cuida. Eso es ya tozudez. Es usted médico y sabe a la perfección que le perjudica el aire húmedo, pero quiere hacerme sufrir. Ayer se pasó a propósito toda la velada en la terraza...
DORN. *(Canta.)* «No digas que arruinaste tu juventud»...
POLINA ANDRÉIEVNA. Estaba tan embelesado hablando con Irina Nikoláievna, que no advertía el frío. Confiese que ella le gusta.
DORN. Tengo cincuenta y cinco años.
POLINA ANDRÉIEVNA. Bobadas: para un hombre, eso no

es ser viejo. Se conserva usted muy bien y todavía gusta a las mujeres.
DORN. ¿Y qué quiere usted?
POLINA ANDRÉIEVNA. Todos ustedes están siempre dispuestos a prosternarse delante de una actriz. ¡Todos!
DORN. *(Canta.)* «De nuevo ante ti...» El hecho de que los artistas sean bien acogidos en sociedad y se les trate de manera distinta que a los comerciantes, pongamos por ejemplo, es una cosa natural. Puro idealismo.
POLINA ANDRÉIEVNA. Las mujeres siempre se han enamorado de usted y le han perseguido. ¿También es eso idealismo?
DORN. *(Se encoge de hombros.)* Pues... En mis relaciones con las mujeres ha habido muchas cosas agradables. Lo que más apreciaban en mí era el espléndido médico. Usted recordará que, hace cosa de diez o quince años, yo era el único comadrón decente en toda la provincia. Además, yo he sido siempre hombre honrado.
POLINA ANDRÉIEVNA. *(Cogiéndole una mano.)* ¡Querido!
DORN. Cuidado. Alguien llega.

(Entran ARKÁDINA *del brazo de* SORIN, TRIGORIN, SHAMRÁEV, MEDVÉDENKO *y* MASHA.)

SHAMRÁEV. En mil ochocientos setenta y tres actuó en la feria de Poltava y estuvo maravillosa. ¡Un prodigio! ¡Una actuación extraordinaria! ¿Y no sabría usted también, por casualidad, dónde se encuentra ahora Chadin, Pável Semiónich? En Raspliúevo, estuvo insuperable, mejor que Sadovski, se lo juro a usted, señora. ¿Dónde está ahora?
ARKÁDINA. Usted sólo pregunta por gente prehistórica. ¿Yo qué sé? *(Se sienta.)*
SHAMRÁEV. *(Con un suspiro.)* ¡Pashka Chadin! Ya no hay gente así. La escena ha decaído, Irina Nikoláievna. Antes había en ella robles imponentes; ahora, sólo vemos el vacío que han dejado.
DORN. Cierto que no hay ahora talentos deslumbrantes, pero el actor medio se ha superado mucho.

SHAMRÁEV. No puedo abundar en esa opinión. Aunque, todo es cuestión de gustos. *De gustibus aut bene, aut nihil*[2].

(Viene TREPLEV *de detrás del estrado.)*

ARKÁDINA. *(A su hijo.)* ¿Cuándo van a empezar, hijo mío?
TREPLEV. Dentro de unos instantes. Un poco de paciencia, por favor.
ARKÁDINA. *(Recitando un pasaje de «Hamlet».)* «¡Oh, Hamlet! Me haces volver los ojos alma adentro, y allí distingo tan negras y profundas manchas, que nunca podrán borrarse.»
TREPLEV. *(También de «Hamlet».)* «¿Y por qué cediste al vicio, por qué buscaste el amor en el abismo del crimen?»

(Detrás del estrado suena un cuerno.)

Señoras y caballeros, empezamos. Atención, por favor.

(Pausa.)

Empiezo. *(Pega unos golpes con un bastón y habla con voz recia.)* ¡O, vosotras, honorables y viejas sombras que vagáis en la noche sobre este lago, haced que durmamos y se nos aparezca en sueños lo que sucederá dentro de doscientos años!
SORIN. Dentro de doscientos años no existirá nada.
ARKÁDINA. De acuerdo. Nosotros estamos dormidos.

(Se levanta el telón; aparece la vista del lago. La luna, que se alza sobre el horizonte, se refleja en el agua. NINA ZARÉCHNAIA, *vestida de blanco, está sentada sobre una roca.)*

NINA. Hombres, leones, águilas y perdices, ciervos astados, gansos, arañas, callados peces que habitáis en el agua, estrellas de mar y estrellas que no podrían divisarse con la vista... En una palabra, todas las vidas, todas las vidas, todas las vidas se han extinguido una vez terminado su triste ciclo... Hace millares de siglos que no hay sobre la faz de la tierra ni un solo ser vivo y en vano enciende su fanal esta pobre luna. Las grullas no se despiertan ya gritando en el prado ni se escucha a los escarabajos de mayo en los sotos de tilos. Hace frío, frío, frío. Todo está desierto, desierto, desierto. Se siente pavor, pavor, pavor.

(Pausa.)

Los cuerpos de los seres vivos han desaparecido en las cenizas, y la eterna materia los ha convertido en piedras, en aguas, en nubes, y las almas de todos ellos se han fundido en una sola. El alma común universal soy yo, yo... Dentro de mí están el alma de Alejandro Magno, la de César, la de Shakespeare, la de Napoleón y la de la última sanguijuela. Dentro de mi consciencia, los hombres se han fundido con los instintos de los animales, y yo lo recuerdo todo, todo, todo, y yo revivo nuevamente cada una de las vidas en sí.

(Aparecen los fuegos fatuos del pantano.)

ARKÁDINA. *(En voz baja.)* Esto es algo decadente.
TREPLEV. *(Suplicante y con reproche.)* ¡Mamá!
NINA. Estoy sola. Una vez cada cien años despego los labios para hablar, y mi voz resuena tristemente en este vacío, y nadie me oye... Y tampoco me oís vosotras, pálidas luces... Al final de la noche os engendra el pantano hediondo y vosotras vagáis hasta el amanecer, pero sin sentido, sin voluntad, sin el aleteo de la vida. Por temor a que prenda en vosotras la vida, el padre eterno de la materia, el diablo, provoca en vosotras a cada momento, lo mismo que en las piedras y en el agua, una mutación de los átomos y vosotras cambiáis

2. Shamráev junta dos dichos latinos: «De los gustos no se discute» y «De los muertos, o bien o nada».

sin cesar. Únicamente el espíritu permanece constante e invariable en el universo.

(Pausa.)

Lo mismo que un cautivo arrojado a un pozo vacío y profundo, yo ignoro dónde estoy y lo que me espera. Únicamente no se me oculta que estoy destinada a vencer en la empeñada y cruenta lucha contra el diablo, principio de las fuerzas materiales, y que, después de ello, la materia y el espíritu se fundirán en maravillosa armonía y advendrá el reino de la libertad universal. Pero esto ocurrirá tan sólo cuando, poco a poco, cuando al cabo de una larga, larga sucesión de milenios, se conviertan en polvo la luna, y el luminoso Sirio y la tierra... Pero, hasta entonces, todo será horror, horror...

(Pausa. Sobre el fondo del lago aparecen dos puntos rojos.)

Ya se acerca mi temible adversario, el diablo. Veo sus espantosos ojos rojos...

ARKÁDINA. Huele a azufre. ¿Tiene que ser así?

TREPLEV. Sí.

ARKÁDINA. *(Riendo.)* ¡Pues menudo efecto!

TREPLEV. ¡Mamá!

NINA. Echa de menos un ser humano...

POLINA ANDRÉIEVNA. *(A* DORN.*)* ¿Se ha quitado usted el sombrero? Vuelva a ponérselo no vaya a resfriarse.

ARKÁDINA. El doctor se ha quitado el sombrero delante del diablo, padre de la eterna materia

TREPLEV. *(Estallando, a gritos.)* ¡Se acabó la obra! ¡Basta! ¡El telón!

ARKÁDINA. ¿Por qué te enfadas?

TREPLEV. ¡Basta! ¡El telón! ¡Echen el telón! *(Pega una patada en el suelo.)* ¡El telón!

(Cae el telón.)

Ustedes dispensen. Había pasado por alto que eso de escribir teatro y de actuar en escena es privilegio de unos pocos elegidos. He violado el monopolio. Yo... A mí... *(Va a decir algo más, pero hace mutis por la izquierda con ademán evasivo.)*

ARKÁDINA. ¿Qué le pasa?

SORIN. Irina, por Dios, no se puede tratar así a un amor propio joven.

ARKÁDINA. Pero, ¿qué le he dicho?

SORIN. Le has ofendido.

ARKÁDINA. Él mismo nos advirtió que se trataba de una broma, y como una broma estaba yo viendo la obra.

SORIN. De todas maneras...

ARKÁDINA. ¡Ahora resulta que ha escrito una gran obra! ¡Imagínense! De manera que ha montado este espectáculo y nos ha perfumado con azufre no por broma, sino para demostrar... Quería darnos una lección de cómo se debe escribir y qué se debe representar. Es para hartar a cualquiera. Esa actitud empieza a hacerse fastidiosa. Ustedes dirán lo que quieran, pero esas constantes salidas de tono y esas puyas contra mí pueden hartar a cualquiera. Es un crío caprichoso y engreído.

SHAMRÁEV. Recuerdo que una vez, en el teatro de ópera de Moscú, el famoso Silvá lanzó un «do» más bajo de lo debido. Precisamente asistía a la representación, desde el gallinero, uno de nuestros cantores sinodales. Y, de pronto, imagínense nuestro asombro cuando oímos gritar desde el gallinero: «¡Bravo, Silvá!», pero una octava más bajo de lo normal... Una cosa así: bravo, Silvá... *(Imitando la voz de bajo.)* El teatro entero quedó pasmado.

(Pausa.)

DORN. Acaba de pasar un ángel.

NINA. Es hora de que me marche. Adiós a todos.

ARKÁDINA. ¿Tan pronto? ¿Por qué? No lo consentiremos.

NINA. Me espera mi padre.
ARKÁDINA. Qué severo... *(Se besan.)* En fin, ¿qué hacer? Sentimos que nos deje.
NINA. Si supieran lo que me cuesta marcharme.
ARKÁDINA. Pero, mi pequeña, alguien la habría acompañado.
NINA. *(Sobresaltada.)* ¡Oh, no, no!
SORIN. *(Suplicante.)* ¡Quédese!
NINA. No puedo, Piotr Nikoláievich.
SORIN. Quédese aunque sólo sea una hora. De verdad...
NINA. *(Casi llorando, después de pensarlo un poco.)* ¡No puedo! *(Le estrecha la mano y sale presurosa.)*
ARKÁDINA. Infeliz muchacha. Dicen que su difunta madre legó al marido toda su fortuna, que era inmensa, toda hasta el último kopek, y esta criatura se ha quedado ahora sin nada, ya que el padre, a su vez, se lo ha legado ya todo a su segunda esposa. Es indignante.
DORN. La verdad es que su papaíto es un auténtico cerdo. No se le puede negar.
SORIN. *(Frotándose las manos ateridas.)* Vamos a retirarnos también nosotros porque empieza a notarse humedad. Me duelen las piernas.
ARKÁDINA. Claro: parecen de palo y casi no puedes moverlas, vamos. *(Le toma del brazo.)*
SHAMRÁEV. *(Ofreciéndole el brazo a su esposa.)* Madame...
SORIN. Otra vez está aullando el perro. *(A Shamráev.)* Tenga usted la bondad de mandar que lo suelten, Ilyá Afanásievich.
SHAMRÁEV. Imposible, Piotr Nikoláievich: podrían entrar ladrones en el granero. Y tengo allí almacenado el mijo. *(A* MEDVÉDENKO, *que camina a su lado.)* Asimismo: «¡Bravo, Silvá!» Una octava más bajo. Y eso, un simple cantor sinodal y no un cantante de ópera.
MEDVÉDENKO. ¿Y cuánto cobra un cantor sinodal?

(Mutis de todos menos DORN.*)*

DORN. *(Solo.)* No sé. Es posible que yo no entienda nada

o que me haya vuelto loco, pero el caso es que la obra me ha gustado. Tiene algo. Cuando esa muchachita hablaba de la soledad y luego, cuando aparecieron los ojos rojos del diablo, a mí me temblaban las manos de emoción. Tiene frescor, ingenuidad... Me parece que ahí viene. Me gustaría decirle algunas frases agradables.
TREPLEV. *(Entrando.)* Ya no hay nadie.
DORN. Estoy yo.
TREPLEV. Máshenka anda buscándome por todo el parque. Es una criatura insoportable.
DORN. Su obra me ha gustado extraordinariamente, Konstantín Gavrílovich. Es algo extraña y no la he visto hasta el final, y sin embargo me ha causado gran impresión. Es usted un hombre de talento. Debe seguir escribiendo.

(Treplev le estrecha la mano con fuerza y le abraza impulsivamente.)

Pero, ¿qué nervios son estos? Y tiene lágrimas en los ojos... Verá lo que yo quería decirle... Ha elegido un tema de ideas abstractas. Y así debía hacer, pues una obra artística tiene que expresar, inevitablemente, algún gran pensamiento. Únicamente lo serio es hermoso. Pero, ¡qué pálido está!
TREPLEV. ¿Y dice usted que debo seguir?
DORN. Sí... pero, no pinte nada más que lo importante y lo eterno. Mire usted: yo he vivido una existencia variada, sacándole gusto, y estoy satisfecho de ello; pero, si me tocara experimentar el impulso espiritual que experimentan los artistas, en los momentos de inspiración, creo que despreciaría mi envoltura material y todo lo propio de esa envoltura y me remontaría cuanto pudiese por encima de la tierra.
TREPLEV. Perdone usted. ¿Dónde está Zaréchnaia?
DORN. Y otra cosa. Una obra debe tener una idea clara, definida. Usted debe saber para qué escribe. De lo contrario, si emprende ese pintoresco camino sin una

meta determinada, se extraviará y su talento acabará con usted.

TREPLEV. *(Impaciente.)* ¿Dónde está Zaréchnaia?

DORN. Se ha marchado a su casa.

TREPLEV. *(Desesperado.)* ¿Y qué hago yo? Quiero verla... Necesito verla. Voy a...

(Entra MASHA.*)*

DORN. *(A* TREPLEV.*)* Cálmese, amigo mío.

TREPLEV. Voy a ir, sí. Tengo que ir.

MASHA. Vaya usted a casa, Konstantín Gavrílovich. Le espera su mamá. Está preocupada.

TREPLEV. Dígale que me he marchado. Y les ruego a todos ustedes que me dejen tranquilo. ¡Déjenme! ¡No me sigan!

DORN. Pero, pero, amigo mío... Esto no puede ser... No está bien.

TREPLEV. *(Casi llorando.)* Adiós, doctor. Gracias. *(Mutis.)*

DORN. *(Suspirando.)* ¡Ay, juventud, juventud!

MASHA. Cuando no hay nada que decir, siempre repiten lo mismo: la juventud, la juventud... *(Toma rapé.)*

DORN. *(Le quita la tabaquera a* MASHA *y la arroja a unos matorrales.)* ¡Esto es una porquería!

(Pausa.)

Parece que empieza una partida. Debemos ir allá.

MASHA. Un momento.

DORN. ¿Qué ocurre?

MASHA. Quisiera decirle una vez más... Necesito hablar... *(Muy agitada.)* Yo no quiero a mi padre... y en cambio siento inclinación por usted. No sé por qué, noto con toda el alma que hay afinidad entre nosotros... Ayúdeme, o cometeré alguna tontería, echaré a perder mi vida... No puedo seguir así...

DORN. ¿Cómo? ¿En qué puedo ayudarla?

MASHA. Sufro mucho. Nadie se imagina mis padecimientos, ¡nadie! *(Apoya la cabeza sobre el pecho de* DORN *y dice en voz baja.)* Amo a Konstantín.

DORN. ¡Qué nerviosos están todos! ¡Qué nerviosos! Y cuánto amor... ¡Oh, lago embrujado! *(Cariñosamente.)* Pero, ¿qué puedo hacer, hijita mía? ¿Qué puedo hacer? Diga...

Cae el telón

Escena de *La Gaviota*.

ACTO SEGUNDO

Un campo de croquet. Al fondo, a la derecha, la casa con una gran terraza. A la izquierda se ve el lago que refleja un sol esplendoroso. Macizos de flores. Es mediodía. Hace calor. Algo apartados, ARKÁDINA, DORN *y* MASHA *están sentados en un banco a la sombra de un añoso tilo.* DORN *tiene un libro abierto sobre las rodillas.*

ARKÁDINA. *(A* MASHA.*)* Levántese un momento.

(Ambas se levantan.)

Póngase a mi lado. Usted tiene veintidós años y yo casi el doble. Evgueni Serguéievich, ¿cuál de nosotras dos parece más joven?

DORN. Usted, naturalmente.

ARKÁDINA. Eso es... ¿Y por qué? Porque yo trabajo, yo siento, yo ando siempre de un lado para otro, mientras que usted no se mueve, no vive... Además, yo tengo por norma no escrutar el futuro. Nunca pienso en la vejez ni en la muerte. Nadie escapa a su suerte.

MASHA. Pues yo noto como si hubiera nacido hace muchísimo tiempo. Arrastro mi vida igual que la cola interminable de un vestido... Y, a menudo, no siento ni el menor deseo de vivir. *(Se sienta.)* Claro que todo esto son bobadas. Tengo que hacer un esfuerzo. Tengo que sobreponerme.

DORN. *(Cantando a media voz.)* «Contadle vosotras, flores mías...»

ARKÁDINA. Además, yo soy tan correcta como un inglés.

Observo mi conducta, estoy siempre peinada y vestida *comme il faut*. Yo no me permitiría nunca salir de casa, aunque sólo sea al jardín, en bata y sin peinar. Y me he conservado bien precisamente porque nunca he sido una ñoña, nunca me he abandonado como otras... *(Da unos paseítos con las manos en la cintura.)* Aquí me tiene, tan tiesa. Como para representar a una quinceañera.

DORN. Bueno, de todas maneras, voy a continuar. *(Toma el libro.)* Lo habíamos dejado en el granero y las ratas...

ARKÁDINA. Y las ratas. Siga usted. Aunque, no: déme el libro y leeré yo. Ahora me toca a mí. *(Toma el libro y ojea unas líneas.)* Y las ratas... Aquí está... *(Lee.)* «Y, naturalmente, mimar a los novelistas y atraerlos a su lado es, para la gente de mundo, tan peligroso como es para un tendero criar ratas en sus graneros. Y, sin embargo, son amados. Así, cuando una mujer ha elegido a un escritor al que quiere subyugar, le asedia por medio de elogios, amabilidades y gentilezas...» Bueno, eso ocurrirá en Francia, quizá; pero, aquí, no sucede nada parecido, no existe ningún programa. Aquí, habitualmente, antes de que una mujer intente subyugar a un escritor ya se ha enamorado ciegamente de él, se lo aseguro. No tienen más que tomarnos a Trigorin y a mí, sin ir más lejos...

(Entra SORIN, *apoyándose en un bastón.* NINA *camina a su lado y* MEDVÉDENKO *les sigue empujando un sillón de ruedas.)*

DORN. *(A* NINA, *cariñosamente, como se habla a los niños.)* ¿Sí? ¿Nos han dado una alegría? ¿Hoy estamos por fin contestos? *(A su hermana.)* Nos han dado una alegría. El padre y la madrastra se han marchado a Tver y tenemos tres días enteros de libertad.

NINA. *(Se sienta junto a* ARKÁDINA *y la abraza.)* ¡Soy feliz! Ahora les pertenezco a ustedes.

SORIN. *(Sentándose en su sillón.)* Hoy está muy linda.

ARKÁDINA. Elegante, guapa... Da gusto verla. *(Besa a*

NINA.) Pero, dejemos los elogios excesivos para no estropearlo. ¿Dónde está Borís Alexéievich?

NINA. Pescando cerca de la caseta de baños.

ARKÁDINA. ¡Qué empeño! *(Hace intención de continuar la lectura.)*

NINA. ¿Qué lee usted?

ARKÁDINA. «Sobre el agua», de Maupassant. *(Lee para sí algunas líneas.)* Bueno, lo que sigue no tiene ningún interés y tampoco es cierto, además. *(Cierra el libro.)* Me encuentro desasosegada. ¿Qué le ocurre a mi hijo? ¿Por qué está tan aburrido y tan serio? Se pasa los días en el lago y yo apenas le veo.

MASHA. Algo le pesa en el alma. *(A* NINA, *tímidamente.)* Recite algo de su obra, se lo ruego.

NINA. *(Encogiéndose de hombros.)* ¿De veras le apetece? ¡Tiene tan poco interés!

MASHA. *(Con emoción contenida.)* Cuando él recita algo, le brillan los ojos y el rostro se le pone pálido. Tiene una voz triste, preciosa, y los modales de un poeta.

(Se oye roncar a SORIN.)

DORN. ¡Felices sueños!

ARKÁDINA. ¡Petrusha!

SORIN. ¿Eh?

ARKÁDINA. ¿Estás dormido?

SORIN. En absoluto.

(Pausa.)

ARKÁDINA. No te pones en tratamiento, y eso no está bien, Petrusha.

SORIN. Yo lo haría encantado; pero aquí está el médico que no quiere.

DORN. ¡Ponerse en tratamiento a los sesenta años!

SORIN. También a los sesenta años tiene uno ganas de vivir.

DORN. *(Huraño.)* Bah... Tome unas gotas de valeriana si quiere.

ARKÁDINA. Me parece que le haría bien ir a tomar las aguas a algún sitio.
DORN. ¿Por qué no? Puede ir. Y también puede no ir.
ARKÁDINA. Cualquiera lo entiende.
DORN. Porque no hay nada que entender. Está todo claro.

(Pausa.)

MEDVÉDENKO. A Piotr Nikoláievich le convendría dejar de fumar.
SORIN. Bobadas.
DORN. No, no son bobadas. El alcohol y el tabaco borran la personalidad. Después de un puro o de una copa de vodka, usted no es ya Piotr Nikoláievich, sino Piotr Nikoláievich y alguien más. Su «yo» se difumina, y ya no se ve usted como a sí mismo, sino como a un tercero: él.
SORIN. *(Riendo.)* Esos razonamientos son muy fáciles para usted. Usted ha vivido su vida. Pero, ¿y yo? Yo he servido veintiocho años en el departamento de Justicia, pero todavía no he vivido, no he experimentado nada, en fin de cuentas, y tengo muchos deseos de vivir. Usted siente indiferencia y hastío, y de ahí su tendencia a la filosofía. Pero yo quiero vivir y por eso tomo jerez con la comida, fumo puros y demás. Eso es todo.
DORN. La vida hay que tomársela en serio. Y perdone, pero es una frivolidad eso de querer seguir un tratamiento a los sesenta años y lamentarse de haber gozado poco cuando joven.
MASHA. *(Se levanta.)* Debe de ser hora de almorzar. *(Echa a andar perezosamente.)* Se me ha dormido una pierna... *(Mutis.)*
DORN. Ahora, se tomará un par de copas antes del almuerzo.
SORIN. La pobre, no es feliz.
DORN. Eso no tiene importancia, excelencia.
SORIN. Usted razona como un hombre que no padece.
ARKÁDINA. ¿Puede haber algo más aburrido que este encantador aburrimiento de la vida en el campo? Hace calor, reina el silencio, nadie hace nada, todos se dedican a filosofar... Amigos míos, con ustedes se está muy bien, da gusto escucharles, pero... me encuentro mucho mejor en mi cuarto estudiando un papel.
NINA. *(Exaltada.)* ¡Bien dicho! Yo la comprendo.
SORIN. Claro que está uno mejor en la ciudad, sentado en su despacho. El criado no deja entrar a nadie sin anunciarle, se tiene el teléfono a mano... coches de punto en la calle y todo lo demás...
DORN. *(Canta.)* «Contadle vosotras, flores mías...»

(Entra SHANRÁEZ *y, enseguida,* POLINA ANDRÉIEVNA.)

SHAMRÁEV. Aquí están todos. ¡Buenos días! *(Le besa la mano a* ARKÁDINA *y luego a* NINA.) Encantado de verlas tan bien. Mi esposa me ha dicho que piensan ustedes ir hoy a la ciudad.
ARKÁDINA. Sí. Esa idea tenemos.
SHAMRÁEV. Hum... Eso está muy bien; pero, ¿en qué van a ir? Hoy estamos acarreando el centeno, todos los trabajadores están ocupados. Además, me permite preguntarle con qué caballos.
ARKÁDINA. ¿Con qué caballos? ¡Y yo qué sé!
SORIN. Tenemos caballos de tiro.
SHAMRÁEV. *(Muy agitado.)* ¿Caballos de tiro? ¿Y de dónde saco yo las colleras? ¿De dónde saco las colleras? ¡Esto es prodigioso! ¡Es inconcebible! ¡Señora! Le aseguro que admiro su talento, que estoy dispuesto a dar diez años de vida por usted, pero no puedo darle ningún caballo, y dispense.
ARKÁDINA. Pero, ¿y si tengo que ir a la ciudad? Es curioso.
SHAMRÁEV. ¡Señora! ¡Usted no sabe lo que es administrar una hacienda!
ARKÁDINA. *(Indignada.)* ¡La historia de siempre! En tal caso, regreso hoy mismo a Moscú. Mande alquilar unos caballos en la aldea si no quiere que vaya andando hasta la estación.

SHAMRÁEV. *(Furioso.)* En tal caso, renuncio a mi puesto. ¡Búsquese otro administrador! *(Mutis).*

ARKÁDINA. Cada verano es lo mismo. Cada verano se me ofende en esta casa. ¡No volveré a poner los pies aquí! *(Mutis por la izquierda, donde se supone está la caseta de baños. Al poco, se la ve dirigirse hacia la casa, seguida de* TRIGORIN *que lleva unas cañas de pescar y un pequeño cubo.)*

SORIN. *(Enfadado.)* ¡Qué grosería! Pero, ¿qué es esto? Ya estoy harto, vamos. ¡Que traigan ahora mismo todos los caballos!

NINA. *(A* POLINA ANDRÉIEVNA.*)* ¡Negarle lo que pide a Irina Nikoláievna, a una actriz famosa! Como si cualquiera de sus deseos, incluso de sus caprichos, no importara más que esta hacienda... ¡Es sencillamente inconcebible!

POLINA ANDRÉIEVNA. *(Muy afectada.)* ¿Qué puedo hacer? Pónganse en mi lugar. ¿Qué puedo hacer?

SORIN. *(A* NINA.*)* Vamos con mi hermana... La suplicaremos todos que no se marche. ¿Verdad? *(Mirando hacia donde se ha marchado Shamráev.)* Este hombre es insoportable. ¡Un déspota!

NINA. *(Impidiendo que se levante.)* No se mueva, no se mueva. Nosotros le llevaremos... *(Ella y* MEDVÉDENKO *empujan el sillón.)* Esto es espantoso.

SORIN. Sí, sí, espantoso... Pero Shamráev no se marchará. Ahora mismo hablaré con él.

(Mutis de los tres. Sólo quedan DORN *y* POLINA ANDRÉIEVNA.*)*

DORN. La gente es fastidiosa. En realidad, a su marido habría que echarle a patadas. Sin embargo, todo quedará en que esa viejuca de Piotr Nikoláievich y su hermana acabarán pidiéndole disculpas. Ya lo verá usted.

POLINA ANDRÉIEVNA. Es que también ha mandado los caballos de tiro al campo. Y todos los días tenemos incidentes por el estilo. Si supiera cuánto me afecta a mí. Me pongo enferma. Mire usted: estoy temblando... No soporto sus groserías. *(Suplicante.)* Evgueni, querido,

lléveme con usted... Se nos va el tiempo, ya no somos jóvenes. Por lo menos, pasaríamos el resto de nuestras vidas sin escondernos, sin mentir...

(Pausa.)

DORN. Tengo cincuenta y cinco años. Es tarde para cambiar toda la vida.

POLINA ANDRÉIEVNA. Ya sé que me rechaza porque tiene a otras mujeres. Y no puede llevárselas a todas consigo. Comprendo. Sencillamente, se ha cansado de mí.

(NINA *aparece cerca de la casa cortando flores.)*

DORN. No, no lo crea.

POLINA ANDRÉIEVNA. Tengo celos. Claro, es usted médico, no puede evitar a las mujeres. Lo comprendo.

DORN. *(A* NINA, *que se ha acercado.)* ¿Qué hay por allí?

NINA. Irina Nikoláievna está llorando. Y a Piotr Nikoláievich le ha entrado asma.

DORN. *(Levantándose.)* Iré a darles unas gotas de valeriana a los dos.

NINA. *(Ofreciéndola las flores.)* Son para usted.

DORN. Merci bien. *(Va hacia la casa.)*

POLINA ANDRÉIVNA. *(Siguiendo a* DORN.*)* ¡Qué flores tan lindas! *(Junto a la casa, con voz sofocada.)* ¡Déme esas flores! ¡Démelas! *(Cuando* DORN *se las entrega, las hace pedazos y las arroja a un lado. Ambos entran en la casa.)*

NINA. *(Sola.)* Qué raro resulta ver llorar a una actriz famosa, y por un motivo tan trivial. Y también es raro que un escritor célebre, amado del público, de quien escriben en todos los periódicos, cuyos retratos se venden y cuyas obras se traducen a otros idiomas, se pase el día pescando y se alegre cuando saca un par de gobios. Yo pensaba que las personas conocidas eran altivas, inaccesibles, que desdeñaban a la chusma y, con su gloria y su renombre, se vengaban en cierto modo de ella porque coloca el rango y la riqueza por encima de

todo. Pero, resulta que lloran, pescan, juegan a las cartas, ríen y lloran como los demás.

TREPLEV. *(Entra a pelo, con una escopeta y una gaviota muerta en la mano.)* ¿Está usted sola?

NINA. Sí.

(TREPLEV *deja la gaviota a los pies de* NINA.)

¿Qué significa esto?

TREPLEV. He tenido la vilantez de matar hoy a esta gaviota. Y la deposito a los pies de usted.

NINA. ¿Qué le sucede? *(Recoge la gaviota y la contempla.)*

TREPLEV. *(Después de una pausa.)* Pronto terminaré conmigo de la misma manera.

NINA. No le reconozco.

TREPLEV. Sí, después de que he dejado de reconocerla yo a usted. Ha cambiado de actitud hacia mí. Su mirada es fría, la molesta mi presencia.

NINA. Últimamente se ha vuelto irascible, se expresa de un modo incomprensible, por símbolos. Y, al parecer, también esta gaviota es un símbolo; pero, dispénseme, no entiendo... *(Deja la gaviota encima del banco.)* Soy demasiado simple para entenderle.

TREPLEV. Todo empezó la noche en que tan estúpidamente se hundió mi obra. Las mujeres no perdonan un fracaso. Lo he quemado todo, hasta la última cuartilla. ¡Si supiera lo desdichado que soy! El desvío de usted es espantoso, inconcebible; es como si me despertara y viese que este lago se ha secado de pronto, o se lo ha tragado la tierra. Acaba usted de decir que es demasiado simple para entenderme. ¡Si no hay nada que entender! Mi obra no ha gustado, usted desdeña mi inspiración y ya me considera insignificante y banal como hay tantos... *(Pega una patada en el suelo.)* ¡Qué bien lo entiendo, sí! Es como si tuviera un clavo en el cerebro que, ¡malditos sean él y mi amor propio!, me chupa la sangre igual que una serpiente... *(Al ver a* TRIGORIN, *que entra con una libreta en la mano.)* Ahí viene un auténtico talento. Camina lo mismo que Hamlet y también trae un

libro. *(En son de burla.)* «Palabras, palabras, palabras...» Ese astro no ha llegado todavía hasta aquí, y usted ya le sonríe, su mirada se funde bajo sus rayos. No quiero estorbar. *(Mutis rápido.)*

TRIGORIN. *(Anotando en la libreta.)* Toma rapé y bebe vodka... Siempre viste de negro. El maestro la ama...

NINA. Muy buenas, Borís Alexéievich.

TRIGORIN. Hola. Las circunstancias se han puesto de tal manera que, al parecer, nos marchamos hoy. No es probable que usted y yo volvamos a vernos. Y lo lamento. No tengo ocasión de encontrarme a menudo con señoritas jóvenes y lindas, se me ha olvidado ya cómo se siente uno a los dieciocho o los diecinueve años, no puedo recordarlo, y por eso les falta naturalidad a las muchachas que pinto en mis relatos. Quisiera poder hallarme en el lugar de usted, aunque sólo fuera por una hora, para saber cómo piensa y cómo es.

NINA. Pues, a mí me gustaría estar en su lugar.

TRIGORIN. ¿Para qué?

NINA. Para saber cómo se siente un conocido escritor de talento. ¿Cómo se siente una celebridad? ¿Cómo siente usted que es famoso?

TRIGORIN. ¿Cómo lo siento? Pues, me parece que de ninguna manera. Nunca me he parado a pensar en ello. *(Ensimismado.)* Una de dos: o exagera usted mi fama o no se la percibe en modo alguno.

NINA. ¿Y cuando lee lo que escriben de usted los periódicos?

TRIGORIN. Si son elogios, resulta agradable. Si son críticas, ando de mal humor un par de días.

NINA. Un mundo maravilloso. No sabe usted cuánto le envidio. La suerte de las personas es muy distinta. Los unos, todos parecidos, todos desgraciados, arrastran una existencia aburrida, banal, mientras que a otros, como a usted, por ejemplo —a uno entre un millón—, le ha tocado una vida interesante, luminosa, llena de significado... Es usted feliz...

TRIGORIN. ¿Yo? *(Se encoge de hombros.)* Hum... Usted habla de fama, de felicidad, de una vida interesante y lumi-

nosa; pero todas esas bellas palabras son para mí, y dispénseme, igual que la mermelada que nunca pruebo. Es usted muy joven y muy bondadosa.

NINA. ¡Su vida es espléndida!

TRIGORIN. ¿Qué tiene de bueno? *(Consulta su reloj.)* Debo retirarme a escribir. Perdone, pero no tengo tiempo... *(Ríe.)* Ha puesto usted el dedo en la llaga, como se suele decir, y empiezo a sentirme inquieto y algo enfadado. Aunque, hablemos. Hablemos de mi bella y luminosa vida. ¿Por dónde empezamos? *(Después de pensarlo un poco.)* Se dan situaciones obsesivas, situaciones en que una persona se pasa el día y la noche pensando en algo... en la luna, pongamos por ejemplo. Bueno, pues también yo tengo mi luna, una idea fija me persigue día y noche: tengo que escribir, tengo que escribir, tengo... No sé por qué razón, apenas he concluido un relato, tengo ya que escribir otro, luego otro, y otro. Escribo constantemente, sin parar, como quien viaja por la posta. Y no puedo remediarlo. ¿Quiere usted decirme qué tiene esto de bello y luminoso? Es una vida infernal. Ya ve: estoy aquí, con usted, emocionado, y sin embargo no olvido ni por un instante que me espera un relato inconcluso. Veo una nube que se parece a un piano de cola y me digo: tendré que mencionar en algún relato que flotaba una nube en forma de piano de cola. Huele a heliotropo. Al momento, tomo mentalmente nota: aroma dulzón, la flor de las viudas, mencionarlo en la descripción de una velada estival. Estoy al acecho de cada una de mis frases, y de las suyas, de cada palabra, y me apresuro a encerrar estas frases y estas palabras en mi despensa literaria por si me sirven algún día. Cuando concluyo un trabajo, corro a un teatro o me voy a pescar. Buen momento para descansar, para relajarse, ¿verdad? Pues, no: ya me ronda la cabeza la bola férrea de un argumento nuevo, ya me atrae mi mesa de trabajo y tengo que ponerme a escribir, a escribir. Y así siempre, siempre, sin darme un respiro. Noto que devoro mi propia vida, que para obtener la miel que ofrezco a alguien en el espacio, recojo el néctar de

mis flores más preciadas, arranco esas flores y pisoteo sus raíces. ¿Acaso no estoy loco? ¿Acaso me tratan mis allegados y mis conocidos como a una persona en su sano juicio? «¿Qué está escribiendo? ¿Qué piensa ofrecernos?» Siempre lo mismo, siempre lo mismo... Y me parece que la atención de mis conocidos, los elogios, la admiración, no son más que un engaño. Me engañan como a un enfermo, y a veces temo que alguien llegue sigilosamente por detrás, me agarre y me lleve a un manicomio, como a Poprischin[3]. En cuanto a mis años de juventud, los mejores años, los años de mis comienzos, el trabajo de escritor fue para mí una auténtica tortura. Un pequeño escritor, en particular si la suerte no le sonríe, se siente desgarbado, torpe, superfluo, tiene los nervios en tensión y al desnudo, sin poderlo evitar, ronda en torno a las personas relacionadas con la literatura y el arte, ignorado e inadvertido, sin atreverse a mirar franca y audazmente a los ojos de nadie, lo mismo que un jugador empedernido carente de dinero. Yo no veía a mis lectores; pero, no sé por qué, me los imaginaba hostiles e incrédulos. Le tenía un miedo al público, que me acobardaba, y cuando llegaba el momento de estrenar una obra nueva, cada vez me parecía que las personas morenas tenían una actitud de rechazo y las personas rubias experimentaban una fría indiferencia. ¡Era espantoso! ¡Era un sufrimiento!

NINA. Un momento: ¿acaso no le brindan minutos sublimes y dichosos la inspiración y el propio proceso creativo?

TRIGORIN. Es cierto. Me siento a gusto mientras escribo. Y también cuando corrijo las galeradas... Pero, apenas se publica un trabajo, ya no lo soporto, veo que no he acertado, que ha sido un error, que no debía haberlo escrito... y ando contrariado, con el alma asqueada... *(Ríe.)* El público lo lee y comenta: «Sí, es agradable,

[3] Personaje de la novela corta de Gógol *Apuntes de un loco.*

está bien traído... Es agradable, pero está lejos de Tolstói.» O bien: «Magnífico, sí; pero, es mejor *Padres e hijos*, de Turguénev.» Así, hasta el final de mis días, nada pasará de ser agradable y estar bien traído, agradable y bien traído. Nada más. Y, cuando me muera, los que me conocieron dirán al pasar junto a mi tumba: «Aquí yace Trigorin. Un buen escritor, pero escribía peor que Turguénev.»

NINA. Perdone usted, pero no llego a comprenderle. Creo que el éxito le ha estragado, sencillamente.

TRIGORIN. ¿El éxito? Yo nunca me he gustado a mí mismo. Yo no me gusto como escritor. Lo peor de todo es que me encuentro como en una especie de niebla y, a menudo, no comprendo lo que escribo... Yo amo este lago, los árboles, el cielo; yo percibo la naturaleza, que despierta en mí una pasión, un deseo insuperable de escribir. Pero, yo no soy sólo un paisajista; también soy un ciudadano. Amo a la patria, al pueblo; noto que, siendo escritor, tengo la obligación de hablar del pueblo, de sus sufrimientos, de su porvenir; noto que, siendo escritor, tengo la obligación de hablar de la ciencia, de los derechos del hombre, etcétera, etcétera. Y yo hablo de todo ello, apresuradamente, porque me apremian desde todas partes y se enfadan si no escribo; corro de un lado para otro como un zorro acosado por los perros, veo que la vida y la ciencia avanzan sin cesar mientras yo me quedo más y más rezagado, como un lerdo campesino que ha perdido el tren, y finalmente noto que tan sólo soy capaz de describir el paisaje mientras que fallo en todo lo demás y lo falseo hasta el tuétano.

NINA. Está usted agotado de tanto trabajar y no tiene tiempo, ni tampoco deseos, de percatarse de su significado. Aunque no esté satisfecho de sí mismo, para los demás es usted grande y magnífico. Si yo fuera un escritor de su talla, le entregaría a la multitud mi vida entera, pero consciente de que la felicidad para esa multitud sólo estribaría en elevarse hasta mí. Y, entonces, me llevaría en carroza.

TRIGORIN. *(Irónico.)* En carroza... ¡Ni que fuera yo un Agamemnon!

(Ambos sonríen.)

NINA. Por la dicha de ser escritora o actriz, yo soportaría el despego de mis allegados, la pobreza, las decepciones; viviría en un desván y sólo comería pan de centeno; padecería con la insatisfacción de mí misma, con mis imperfecciones... Pero, a cambio, exigiría gozar de la fama... de una fama auténtica y clamorosa... *(Se tapa el rostro con las manos.)* Hasta me da vueltas la cabeza... ¡Uf!...

(Voz de ARKÁDINA *desde la casa: «¡Borís Alexéievich!»)*

TRIGORIN. Me llaman... Para que prepare mi equipaje, probablemente. Y no tengo ninguna gana de marcharme. *(Mirando hacia el lago.)* ¡Qué hermoso es esto! ¡Qué bien se está aquí!

NINA. ¿Ve usted la casa y el jardín que hay en la otra orilla?

TRIGORIN. Sí.

NINA. Es una propiedad de mi madre, que en paz descanse. Allí nací yo. He pasado toda la vida junto a este lago y conozco hasta la menor de sus islas.

TRIGORIN. Sí que es esto hermoso. *(Al ver la gaviota.)* ¿Qué hay aquí?

NINA. Una gaviota. La ha matado Konstantín Gavrílich.

TRIGORIN. Es bonita. De veras que no quisiera marcharme. ¿Por qué no intenta convencer a Irina Nikoláievna de que se quede? *(Anota algo en su libreta.)*

NINA. ¿Qué escribe ahí?

TRIGORIN. Una simple nota... Un argumento que se me ha ocurrido... *(Guarda la libreta.)* El argumento de un pequeño relato. Una jovencita parecida a usted vive desde niña junto a un lago. Ama el lago como si fuera una gaviota, y como una gaviota es feliz y libre. Pero

llegó fortuitamente un hombre y, a falta de otro quehacer, la destruyó igual que han destruido a esta gaviota.

(Pausa.)
(ARKÁDINA *se asoma a la ventana.)*

ARKÁDINA. Borís Alexéievich, ¿dónde está?
TRIGORIN. Voy. *(Echa a andar y se vuelve hacia* NINA. *A* ARKÁDINA, *que sigue en la ventana.)* ¿Qué?
ARKÁDINA. Nos quedamos.

(TRIGORIN *entra en la casa.)*

NINA. *(Avanza hacia el proscenio, pensativa, y luego dice.)* ¡Un sueño!

Telón

ACTO TERCERO

Comedor en casa de SORIN. *Puertas a izquierda y derecha. Un aparador. Alacena con medicamentos. Una mesa en el centro. Una maleta y una sombrerera. Preparativos de partida.* TRIGORIN *desayuna.* MASHA *está de pie junto a la mesa.*

MASHA. Todo esto se lo cuento a usted como escritor. Puede hacer uso de ello. Se lo digo de verdad: si Konstantín Gavrílovich se hubiera herido gravemente, yo no habría tardado ni un minuto en quitarme la vida. Pero, yo soy valiente: he decidido arrancarme este amor del corazón. Arrancarlo de raíz.
TRIGORIN. ¿De qué manera?
MASHA. Casándome. Con Medvédenko.
TRIGORIN. ¿Se refiere al maestro?
MASHA. Sí.
TRIGORIN. No veo la necesidad.
MASHA. Amar sin esperanzas, pasarse los años ansiando algo... En cambio, cuando me case, no tendré ya tiempo para pensar en el amor. Las nuevas obligaciones ahogarán todo lo pasado. Al fin y al cabo, será un cambio. ¿Otro trago?
TRIGORIN. ¿No será demasiado?
MASHA. ¡Qué va! *(Llena dos copas.)* No me mire así. Las mujeres, bebemos bastante más a menudo de lo que ustedes se imaginan. La minoría bebe abiertamente, como yo; pero la mayoría lo hace a escondidas. Sí. Y, por lo general, vodka o coñac. *(Brindan.)* ¡A la suya! Es

usted un hombre sencillo y lamento que nos separemos.

(Beben.)

TRIGORIN. Tampoco yo tengo ganas de marcharme.
MASHA. Pues, pídale que se quede.
TRIGORIN. No; ahora no se quedará. Su hijo se comporta sin ningún tacto. Primero se pega un tiro y ahora, según dicen, pretende que tengamos un duelo. ¿A qué viene eso? Anda siempre huraño, pegando bufidos... Predica formas nuevas. Bueno. Sitio hay de sobra para las nuevas y las viejas. ¿Por qué se sulfura?
MASHA. También están los celos. Aunque, eso no es asunto mío.

(Pausa. YÁKOV *pasa de izquierda a derecha con una maleta. Entra* NINA *y se detiene junto a la ventana.)*

Medvédenko no es demasiado inteligente, pero es una buena persona. Y pobre. Y me quiere mucho. Me da lástima de él. Y también me da lástima de su anciana madre. En fin, permítame expresarle mis mejores deseos. Y no guarde mal recuerdo de mí. *(Le estrecha la mano con fuerza.)* Le agradezco mucho su amabilidad conmigo. Envíeme algún libro suyo. Y con dedicatoria, ¿eh? Pero, nada de filigranas. Sencillamente: «A María, que nada recuerda de parentescos ni sabe por qué vive en este mundo». ¡Adiós! *(Mutis.)*
NINA. *(Adelantando hacia* TRIGORIN *un puño cerrado.)* ¿Pares o nones?
TRIGORIN. Pares.
NINA. *(Con un suspiro.)* No. Sólo tengo un guisante en la mano. Preguntaba si debo meterme a actriz o no. Ojalá me aconsejara alguien.
TRIGORIN. Para una cosa así, no se pueden dar consejos.

(Pausa.)

NINA. Vamos a separarnos y... quizá no volvamos a vernos. Le ruego acepte este pequeño medallón como recuerdo. He mandado grabar sus iniciales... y por este lado, el título de un libro suyo: *Días y noches.*
TRIGORIN. ¡Cuánta amabilidad! *(Besa el medallón.)* Un regalo encantador.
NINA. Acuérdese alguna vez de mí.
TRIGORIN. No lo dude. La recordaré a usted tal y como estaba aquel día luminoso —¿se acuerda?—, hace una semana, cuando llevaba un vestido claro... Estuvimos charlando... Y, por cierto, había una gaviota blanca sobre el banco...
NINA. *(Pensativa.)* Sí, la gaviota...

(Pausa.)

No podemos seguir hablando. Alguien viene... Antes de marcharse, concédame dos minutos, se lo suplico...
(Mutis por la izquierda, al mismo tiempo que por la derecha entran ARKÁDINA *y* SORIN, *éste de frac y con una condecoración, y luego* YÁKOV, *atareado con el equipaje.)*
ARKÁDINA. Pero, quédate en casa, viejo. Con tu reumatismo, debías dejarte de visiteos. *(A* TRIGORIN.*)* ¿Quién se marchaba ahora? ¿Nina?
TRIGORIN. Sí.
ARKÁDINA. *Pardon.* Hemos interrumpido... *(Se sienta.)* Me parece que ya lo he guardado todo. Estoy rendida.
TRIGORIN. *(Leyendo en el medallón.)* «*Días y noches,* página ciento veintiuna, líneas once y doce.»
YÁKOV. *(Recogiendo lo que hay sobre la mesa.)* ¿Desea el señor que ponga también las cañas de pescar?
TRIGORIN. Sí. Aún las necesitaré. En cuanto a los libros, dáselos a alguien.
YÁKOV. Lo que mande el señor.
TRIGORIN. *(Aparte.)* Página ciento veintiuna, líneas once y doce. ¿Qué dirán esas líneas? *(A* ARKÁDINA.*)* ¿Hay aquí libros míos?
ARKÁDINA. Los tiene mi hermano en su despacho. En la estantería del rincón.

TRIGORIN. Página ciento veintiuna... *(Mutis.)*

ARKÁDINA. De veras, Petrusha, debías quedarte en casa...

SORIN. Ahora que os vais vosotros, esta casa se me cae encima.

ARKÁDINA. ¿Y qué vas a hacer en la ciudad?

SORIN. Nada de particular. Pero, de todas maneras... *(Ríe.)* Van a poner la primera piedra para el edificio del zemstvo[4]. Y otras cosas más. Quiero arrancarme por unas horas a esta vida de pez que llevo, arrinconado como un trasto. He mandado enganchar los caballos para la una. Nos marcharemos al mismo tiempo

ARKÁDINA. *(Después de una pausa.)* Bueno, tú sigue aquí tu vida, distráete, no cojas frío. Y vigila a mi hijo. Cuídale. Aconséjale.

(Pausa.)

Al fin voy a marcharme sin enterarme de por qué se ha disparado ese tiro Konstantín. Me parece que la razón principal han sido los celos. Y cuanto antes me lleve de aquí a Trigorin, mejor será.

SORIN. ¿Qué quieres que te diga? También ha habido otras razones. Hay que comprender las cosas. Es un hombre joven, inteligente, que vive en una aldea, en un rincón perdido, sin dinero, sin posición social, sin porvenir. No tiene ninguna ocupación. Esa ociosidad suya le asusta y le avergüenza. Yo le quiero muchísimo, y él me tiene afecto; pero, de todas maneras... Al fin y al cabo, tiene la impresión de estar de más en esta casa, de prestado. Y, como es natural, su amor propio...

ARKÁDINA. ¡Cuánto me hace sufrir! *(Pensativa.)* Quizá, si tuviera un empleo...

SORIN. *(Silba unos compases de alguna cancioncilla y luego sugiere, indeciso.)* A mi entender, lo mejor sería que tú... le dieras algún dinero. Ante todo, necesita vestirse de una manera decente, eso es. Fíjate: hace tres años que lleva esa levita de mala muerte; no tiene abrigo... *(Ríe.)* Además, tampoco le vendría mal al muchacho echar una canita al aire... hacer un viaje al extranjero... Eso no cuesta mucho.

ARKÁDINA. Pues, la verdad... Un traje, todavía podría costeárselo, pero un viaje al extranjero... No; en este momento, ni para un traje puedo darle. *(Rotunda.)* ¡No tengo dinero!

(SORIN ríe.)

¡No!

SORIN. *(Silba otra vez.)* Bueno, pues... Perdona, querida, no te enfades. Te creo... Eres una mujer noble y generosa.

ARKÁDINA. *(A punto de llorar.)* ¡No tengo dinero!

SORIN. Si yo lo tuviera, claro que se lo daría; pero, es que no tengo nada, ni un kopek. *(Ríe.)* Todo lo que cobro del retiro, se lo queda mi administrador para las faenas del campo, para el ganado, para las abejas... y adiós mi dinero. Las abejas se mueren, las vacas se mueren, nunca tengo caballos a mi disposición cuando los necesito...

ARKÁDINA. Es verdad: tengo dinero. Pero, soy actriz y el vestuario me arruina.

SORIN. Eres buena, querida. Yo te estimo... Sí... Otra vez me encuentro mal... *(Se tambalea.)* Tengo vértigo. *(Se apoya en la mesa.)* Nada, que me encuentro mal.

ARKÁDINA. *(Asustada.)* ¡Petrusha! *(Intenta levantarle.)* Petrusha, querido mío... *(Gritando.)* ¡Socorro! ¡Aquí!

(Entran TREPLEV, *con la cabeza vendada, y* MEDVÉDENKO.*)*

¡Se encuentra mal!

SORIN. No es nada, no es nada... *(Sonríe y bebe agua.)* Ya estoy bien.

TREPLEV. *(A su madre.)* No te asustes, mamá, no corre pe-

---

4 Órgano de administracón local (municipio).

ligro. Ahora le sucede a menudo. *(A su tío.)* Necesitas acostarte, tío.

SORIN. Sí, un ratito... De todas maneras, iré a la ciudad... Me echaré un rato y luego iré... Claro que sí. *(Echa a andar, apoyándose en el bastón)*

MEDVÉDENKO. *(Llevándole del brazo.)* A ver si adivina esto: por la mañana anda en cuatro patas, al mediodía en dos y por la tarde en tres.

SORIN. *(Ríe.)* Justo. Y cuando llega la noche, se tiende todo lo largo que es. Deje usted, gracias. Puedo caminar solo.

MEDVÉDENKO. ¡No faltaba más! *(Mutis de los dos.)*

ARKÁDINA. ¡Qué susto me ha dado!

TREPLEV. La vida en el campo no le va. Siente nostalgia. Si tuvieras tú un ademán generoso, mamá, y le prestarás mil quinientos o dos mil rublos, podría pasarse todo un año en la ciudad.

ARKÁDINA. No tengo dinero. Yo soy una actriz y no un banquero.

(Pausa.)

TREPLEV. Cámbiame el vendaje, mamá. A ti se te da bien.

ARKÁDINA. *(Saca de la alacena un frasco de iodo y un paquete de vendas.)* El doctor se ha retrasado.

TREPLEV. Sí; dijo que vendría a las diez y ya son las doce.

ARKÁDINA. Siéntate. *(Le quita la venda.)* Parece como si llevaras un turbante. Un forastero preguntó ayer en la cocina de qué nacionalidad eras. Ya está casi cicatrizado. Apenas se nota. *(Le besa el cabello.)* ¿Y no volverás a hacer pim-pam cuando yo me vaya?

TREPLEV. No, mamá. Fue un momento de loca desesperación que no supe dominar. No volverá a ocurrir. *(Le besa la mano.)* Tienes manos de ángel. ¿Te acuerdas de una vez, hace mucho tiempo, cuando todavía trabajabas en el teatro oficial y yo era entonces muy pequeño, que hubo una pelea tremenda en el patio y le pegaron una paliza a una lavandera que vivía allí? ¿Te acuerdas? Cuando la levantaron había perdido el conocimiento... Y tú ibas a su casa, le llevabas medicinas, bañabas a los chiquillos en una tina... ¿Es posible que no lo recuerdes?

ARKÁDINA. No. *(Le venda nuevamente la cabeza a* TREPLEV.*)*

TREPLEV. Y en la misma casa que nosotros vivían entonces dos bailarinas... Venían a tomar café contigo...

ARKÁDINA. De eso, sí me acuerdo.

TREPLEV. Eran muy creyentes.

(Pausa.)

Últimamente, en estos días, te quiero con tanta dulzura y devoción como cuando era niño. Ahora, no me queda nadie más que tú. Pero, ¿por qué cedes a la influencia de ese hombre, por qué?

ARKÁDINA. Tú no le comprendes, Konstantín. Tiene una personalidad de lo más noble...

TREPLEV. Sin embargo, esa nobleza no ha podido disfrazar su cobardía cuando le han dicho que yo le retaba a duelo. Se marcha. ¡Una huida vergonzosa!

ARKÁDINA. ¡Qué tontería! Yo misma le pediré que se vaya de aquí.

TREPLEV. ¡Una personalidad de lo más noble! Mientras tú y yo estamos casi a punto de regañar por su culpa, él andará en la sala o en el jardín riéndose de nosotros..., faroleando delante de Nina, procurando convencerla definitivamente de que es un genio.

ARKÁDINA. Tú gozas diciéndome cosas desagradables. Yo estimo a ese hombre y ruego que no se hable mal de él delante de mí.

TREPLEV. Pues, yo no le estimo. Pretendes que también yo le considere un genio, pero tendrás que perdonarme porque yo no sé mentir y sus obras me dan náuseas.

ARKÁDINA. Eso es envidia. A las personas con ínfulas pero carentes de talento no les queda más recurso que denigrar a los que sí lo tienen. ¡Valiente consuelo!

TREPLEV. *(Irónico.)* ¡Que tienen talento! *(Con ira.)* ¡Pues, para que lo sepas, yo tengo más talento que todos voso-

tros! *(Se arranca la venda de la cabeza.)* Vosotros, los que no os salís de la rutina, os habéis apoderado de la batuta en el arte y sólo consideráis legítimo y auténtico lo que vosotros hacéis mientras que oprimís y sofocáis todo lo demás. ¡Yo no os reconozco! ¡Ni a ti ni a él!

ARKÁDINA. ¡Decadente!...

TREPLEV. ¡Anda, lárgate a tu querido teatro a trabajar en obras ineptas y ramplonas!

ARKÁDINA. Yo no he trabajado nunca en obras de esa calaña. ¡Déjame en paz! Tú no eres capaz de escribir ni un pobre vodevil. ¡Burgués de Kíev! ¡Gorrón!

TREPLEV. ¡Roñosa!

ARKÁDINA. ¡Andrajoso!

*(*TREPLEV *se sienta y llora calladamente.)*

¡Inútil! *(Pasea, muy agitada.)* No llores. Deja de llorar... *(Llora ella también.)* Déjalo... *(Le besa en la frente, en las mejillas y en el cabello.)* Hijo mío, perdóname... Perdona a esta madre tuya pecadora. Perdóname, desdichada de mí.

TREPLEV. *(La abraza.)* ¡Si tú supieras! Lo he perdido todo. Ella no me ama, ya no puedo escribir... se acabaron las esperanzas.

ARKÁDINA. No te desesperes... Todo se arreglará. Él se marchará ahora y ella volverá a amarte. *(Le enjuga las lágrimas.)* Se acabó. Ya hemos hecho las paces.

TREPLEV. *(Besándole las manos.)* Sí, mamá.

ARKÁDINA. *(Cariñosamente.)* Haz las paces también con él. Olvida lo del duelo... ¿De acuerdo?

TREPLEV. Está bien... Pero, permíteme que le evite, mamá. Me hace daño... No puedo remediarlo...

(Entra TRIGORIN.*)*

Bueno... Me voy... *(Guarda rápidamente las vendas y demás en la alacena.)* El vendaje, ya me lo pondrá el doctor...

TRIGORIN. *(Hojea un libro.)* Página ciento veintiuna, líneas

once y doce... Aquí está... *(Lee.)* «Si algún día necesitas mi vida, ven y tómala.»

(Mutis de TREPLEV *después de recoger la venda del suelo.)*

ARKÁDINA. *(Consultando el reloj.)* Pronto traerán el coche.

TRIGORIN. *(Aparte.)* Si algún día necesitas mi vida, ven y tómala.

ARKÁDINA. Tú tendrás hecho ya el equipaje, ¿verdad?

TRIGORIN. *(Impaciente.)* Sí, sí... *(Pensativo.)* ¿Por qué percibo yo tristeza en este llamamiento de un alma pura, por qué se me oprime tan dolorosamente el corazón?... Si algún día necesitas mi vida, ven y tómala. *(A* ARKÁDINA.*)* ¡Vamos a quedarnos un día más!

*(*ARKÁDINA *niega con la cabeza.)*

¡Vamos a quedarnos!

ARKÁDINA. Querido, yo sé lo que te retiene aquí. Pero, tienes que sobreponerte. Te has embriagado un poco. Serénate.

TRIGORIN. Y tú también. Sé buena y razonable, te lo suplico: considera todo esto como una amiga verdadera... *(Le estrecha una mano.)* Tú eres capaz de hacer un sacrificio... Sé buena y no me retengas...

ARKÁDINA. *(Muy agitada.)* ¿Tan hondo ha calado?

TRIGORIN. Me siento atraído hacia ella. Quizá sea esto lo que necesito.

ARKÁDINA. ¿El amor de una chiquilla provinciana? ¡Oh, qué poco te conoces a ti mismo!

TRIGORIN. A veces, la gente se duerme de pie. Pues bien, yo estoy hablando contigo y es como si estuviera dormido y la viera en sueños... Soy presa de una dulce y divina ensoñación... No me retengas...

ARKÁDINA. *(Trémula.)* No, no... Yo soy una simple mujer, no se puede hablar así conmigo... No me atormentes, Borís... Tengo miedo...

TRIGORIN. Si quieres, tú puedes ser una mujer extraordi-

naria. Un amor juvenil, encantador, poético, que conduce al mundo de los sueños... Sólo un amor así puede dar la felicidad sobre la tierra. Y yo no lo he experimentado todavía. De joven no tuve tiempo, ocupado como estaba en rondar por las redacciones, en luchar contra la miseria... Pero, ahora, ese amor está aquí, ha llegado por fin, me llama... ¿Qué sentido tiene huir de él?

ARKÁDINA. *(Iracunda.)* ¡Te has vuelto loco!

TRIGORIN. No me importa.

ARKÁDINA. Os habéis confabulado hoy todos para hacerme sufrir. *(Llora.)*

TRIGORIN. *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡No comprende! ¡No quiere comprender!

ARKÁDINA. ¿Me habré vuelto yo tan vieja y tan fea que se puede hablar sin reparo de otras mujeres delante de mí? *(Abraza a* TRIGORIN *y le besa.)* ¡Oh! ¡Tú has perdido la razón! Eres maravilloso, eres divino... Tú eres la última página de mi vida. *(Se hinca de rodillas.)* Tú eres mi alegría, mi orgullo, mi deleite... *(Le abraza las rodillas.)* Si me abandonaras, aunque sólo fuera por una hora, no lo soportaría, me volvería loca, precioso y magnánimo dueño mío...

TRIGORIN. Puede entrar alguien. *(La ayuda a levantarse.)*

ARKÁDINA. No me importa. Yo no me avergüenzo de mi amor por ti. *(Le besa las manos.)* Tesoro mío, cabeza loca... Quieres cometer insensateces, pero yo no lo consentiré... *(Ríe.)* Eres mío... Me perteneces... Esta frente y estos ojos son míos... Y también son míos estos encantadores cabellos sedosos... Todo tú eres mío. Tienes tanto talento, tanta inteligencia... Eres el mejor de todos los escritores de hoy día, eres la única esperanza de Rusia. Tú rebosas espontaneidad, sencillez, lozanía, sano genio... Con un solo trazo, tú eres capaz de transmitir lo característico y esencial de un ser humano o de un paisaje, las personas que describes tienen vida. ¡Oh, es imposible leerte sin admiración! ¿Te parece esto incienso? ¿Crees que miento? Mírame a los ojos, mírame... ¿Tengo yo cara de mentirosa? ¿Ves tú? Yo soy la

única que sabe apreciarte, la única que te dice la verdad, querido mío, amor mío. ¿Te marcharás conmigo? ¿Sí? ¿Verdad que no me abandonarás?

TRIGORIN. Yo no tengo voluntad propia... Nunca he tenido voluntad propia... Tan blando, tan manejable, siempre sumiso... ¿Cómo puede gustarle eso a una mujer? Tómame, llévame contigo, pero no consientas que me aparte de ti ni un paso...

ARKÁDINA. *(Aparte.)* Ahora, es mío. *(Desenvuelta, como si nada hubiera ocurrido.)* Aunque, si quieres, puedes quedarte. Yo me voy ahora y tú vienes luego, dentro de una semana. Verdaderamente, ¿qué prisa tienes tú?

TRIGORIN. No. Nos iremos juntos.

ARKÁDINA. A tu gusto. Si quieres que nos vayamos juntos, pues nos iremos juntos...

(Pausa. TRIGORIN *toma unas notas.)*

¿Qué haces?

TRIGORIN. Esta mañana he escuchado una expresión curiosa: «Soto virginal»... Puede servir. *(Se despereza.)* Conque nos vamos, ¿eh? De nuevo el tren, las estaciones, las cantinas, las chuletas, las charlas...

SHAMRÁEV. *(Entrando.)* Sintiéndolo mucho, tengo el honor de anunciarles que el coche espera. Señores míos, ha llegado la hora de salir para la estación. El tren llega a las dos y cinco minutos. Y por favor, Irina Nikoláievna, no deje de enterarse de dónde se encuentra ahora el actor Suzdáltsev. Si vive todavía, si está bien. Algunas copas tomamos juntos en tiempos... En *Asalto al correo,* estaba insuperable. Recuerdo que por entonces, en Elisavetgrado, trabajaba un trágico que se llamaba Izmáilov y era también un tipo notable... No tenga prisa, señora, aún pueden esperar cinco minutos. Una vez, en un melodrama donde hacían de conspiradores, cuando los sorprendían tenía que decir «Hemos caído en una trampa» y dijo Izmáilov «Hemos caído en un trompo»... *(Ríe.)* ¡Un trompo!...

(Mientras habla SHAMRÁEV, YÁKOV *va y viene con el equipaje, la* DONCELLA *le trae a* ARKÁDINA *el sombrero, el abrigo, la sombrilla y los guantes. Todos ayudan a* ARKÁDINA *a vestirse. Por la puerta de la izquierda asoma el* COCINERO *que, al poco rato, entra indeciso. Entra* POLINA ANDRÉIEVNA *y luego entran* SORIN *y* MEDVÉDENKO.*)*

POLINA ANDRÉIEVNA. *(Con una cestita.)* Aquí tienen unas ciruelas para el camino... Son muy dulces. Quizá les apetezcan...

ARKÁDINA. Es usted muy amable, Polina Andréievna.

POLINA ANDRÉIEVNA. Adiós, querida. Y perdone si hemos tenido algún fallo. *(Llora.)*

ARKÁDINA. *(Abrazándola.)* Todo ha estado bien, todo ha estado bien. Y no hay por qué llorar.

POLINA ANDRÉIEVNA. Nuestro tiempo se va.

ARKÁDINA. ¿Qué hacer?

SORIN. *(Con gabán de esclavina, sombrero y bastón, entra por la puerta de la izquierda y cruza la estancia.)* Bueno, hermana, ya es hora. No vayamos a llegar tarde finalmente. Os espero en el coche. *(Mutis.)*

ARKÁDINA. Hasta la vista, queridos míos... Si nos acompaña la salud, volveremos a vernos en verano...

(La DONCELLA, YÁKOV *y el* COCINERO *le besan la mano.)*

No me olvidéis. *(Le da un rublo al* COCINERO.*)* Aquí tenéis un rublo para los tres.

COCINERO. Muy agradecidos, señora. Que tengan buen viaje. Encantados de servirla.

YÁKOV. ¡Dios les acompañe!

SHAMRÁEV. Escríbanos alguna vez. Adiós, Borís Alexéievich.

ARKÁDINA. ¿Dónde está Konstantín? Díganle que me marcho. Tenemos que despedirnos. *(A* YÁKOV.*)* Le he dado un rublo al cocinero. Para los tres.

(Mutis de todos por la derecha. Queda la escena vacía. Fuera

se escucha el rumor específico de una despedida. Vuelve la DONCELLA, *que recoge la cesta de las ciruelas y hace mutis nuevamente.)*

TRIGORIN. *(Volviendo a entrar.)* Se me ha olvidado el bastón. Creo que está en la terraza. *(Va hacia la puerta izquierda y allí se tropieza con* NINA, *que entra.)* ¿Es usted? Nos marchamos...

NINA. Ya presentía yo que aún nos veríamos. *(Exaltada.)* Borís Alexéievich, lo he decidido sin apelación. La suerte está echada: me dedicaré al teatro. Mañana me habré marchado de aquí. Dejo a mi padre, lo abandono todo, empiezo una vida nueva... Me marcho, lo mismo que usted... a Moscú. Allí nos veremos.

TRIGORIN. *(Mirando cautelosamente a su alrededor.)* Hospédese en el Bazar eslavo... Y avíseme inmediatamente... Calle Molchánovka, casa de Grojolski... Ahora, tengo prisa...

(Pausa.)

NINA. Un momento todavía.

TRIGORIN. *(A media voz.)* Es usted tan hermosa... ¡Qué dicha pensar que pronto nos veremos!

(NINA *se reclina sobre su pecho.)*

De nuevo contemplaré estos ojos maravillosos, esta dulce sonrisa de inefable encanto... Estos rasgos delicados, esta expresión de pureza angelical... Querida mía...

(Se besan largamente.)

Cae el telón

Entre el tercer acto y el cuarto transcurren dos años.

ACTO CUARTO

HAN TRANSCURRIDO DOS AÑOS.

Sala de la casa de SORIN *convertida en cuarto de trabajo por* KONSTANTÍN TREPLEV. *A derecha e izquierda, puertas que conducen a estancias interiores. Al fondo, una puerta encristalada que da a la terraza. Además del mobiliario habitual de una sala, hay una mesa de escritorio en el rincón de la derecha, una cama turca junto a la puerta de la izquierda, una librería y libros en los poyos de las ventanas y encima de las sillas. Es de noche. Un quinqué con pantalla deja la estancia a media luz. Se escucha el rumor de los árboles y el silbido del viento en las chimeneas. El guarda golpea una tabla*[5] *al hacer su ronda. Entran* MEDVÉDENKO *y* MASHA.

MASHA. *(Llamando.)* ¡Konstantín Gavrílich! ¡Konstantín Gavrílich! *(Mira a su alrededor.)* No hay nadie. El viejo no hace más que preguntar a cada momento dónde está Kostia... No puede vivir sin él.

MEDVÉDENKO. Le tiene miedo a la soledad. *(Presta oído.)* ¡Qué tiempo tan espantoso! Y ya es el segundo día.

MASHA. *(Subiendo la mecha del quinqué.)* El lago está agitado. Hay olas enormes.

MEDVÉDENKO. El jardín está oscuro. Tendrían que mandar demoler ese teatro. Está ahí, horrible como un

[5] Los guardas de las fincas rusas hacían su ronda por la noche provistos de la llamada *kolotushka,* pequeña tabla con mango y una bola de madera colgando de una cuerda. Al agitarla, la bola pegaba contra la tabla y su golpeteo significaba que el guarda estaba vigilante.

esqueleto, y el viento azota el telón. Anoche, al pasar por delante, me dio la impresión de que alguien lloraba allí.

MASHA. Qué ocurrencia...

(Pausa.)

MEDVÉDENKO. ¡Vámonos a casa, Masha!

MASHA. *(Deniega con la cabeza.)* Yo me quedo aquí a dormir.

MEDVÉDENKO. *(Suplicante.)* Vámonos, Masha. Quizá tenga hambre nuestro hijito.

MASHA. ¡Qué va! Matriona le dará de comer.

(Pausa.)

MEDVÉDENKO. Pobrecito: es la tercera noche que va a pasar sin su madre.

MASHA. ¡Qué fastidioso te has vuelto! Antes, por lo menos, te daba a veces por filosofar. Pero lo que es ahora, siempre estás a vueltas con lo mismo: el niño y la casa, el niño y la casa... No se te oye otra cosa.

MEDVÉDENKO. ¡Vámonos, Masha!

MASHA. Vete tú solo.

MEDVÉDENKO. Tu padre no me dará un caballo.

MASHA. Te lo dará. Pídeselo y verás como te lo da.

MEDVÉDENKO. Probaré a pedírselo. De modo que vendrás mañana, ¿sí?

MASHA. *(Toma rapé.)* Bueno, mañana. Qué pesadez...

(Entran TREPLEV *y* POLINA ANDRÉIEVNA. TREPLEV *trae unas almohadas y una manta y* POLINA ANDRÉIEVNA *ropa de cama. Lo dejan todo encima de la cama turca y* TREPLEV *se sienta luego delante de su mesa.)*

¿Para qué es esto, mamá?

POLINA ANDRÉIEVNA. Para hacerle la cama a Piotr Nikoláievich. Quiere estar cerca de Kostia.

MASHA. Deje que lo haga yo... *(Prepara la cama.)*

POLINA ANDRÉIEVNA. *(Suspirando.)* Los viejos son igual que los niños... *(Se acerca a la mesa y, apoyada en ella, mira un manuscrito. Pausa.)*

MEDVÉDENKO. Bueno, entonces, me voy. Adiós Masha. *(Le besa la mano.)* Adiós, Polina Andréievna. *(Hace intención de besarle también la mano a su suegra.)*

POLINA ANDRÉIEVNA. *(Desabrida.)* ¡Bah! Ve con Dios.

MEDVÉDENKO. Adiós, Konstantín Gavrílich.

*(*TREPLEV *le da la mano en silencio. Mutis de* MEDVÉDENKO.*)*

POLINA ANDRÉIEVNA. *(Refiriéndose al manuscrito.)* ¿Quién iba a imaginarse que resultaría usted ser un auténtico escritor, Kostia? Pero, gracias a Dios, ahí está la prueba: han empezado a mandarle dinero de las revistas. *(Le pasa una mano por el cabello.)* Y se ha vuelto guapo... Kostia, querido, usted que es tan bueno, procure mostrarse más cariñoso con mi Máshenka...

MASHA. *(Que sigue haciendo la cama.)* Deje usted eso, mamá.

POLINA ANDRÉIEVNA. *(A* TREPLEV.*)* Vale mucho.

(Pausa.)

Una mujer sólo necesita que la miren con cariño, Kostia. Lo sé por experiencia propia.

*(*TREPLEV *se levanta y sale sin decir nada.)*

MASHA. Ya le ha puesto usted de mal humor. ¿Qué necesidad tenía de molestarle?

POLINA ANDRÉIEVNA. Es que me da pena de ti, Máshenka.

MASHA. No veo por qué razón.

POLINA ANDRÉIEVNA. Se me parte el corazón. Yo lo veo todo y todo lo comprendo.

MASHA. Tonterías. El amor sin esperanzas sólo existe en las novelas. Bobadas. Lo que hace falta es controlarse y no hacerse ilusiones... Cuando el amor se mete en el

corazón, hay que echarlo fuera. ¿No le han prometido a mi marido trasladarle a otro distrito? Pues, en cuanto nos mudemos, lo olvidaré todo... Me lo arrancaré del corazón... de raíz.

(En otra habitación, alguien toca un vals melancólico.)

POLINA ANDRÉIEVNA. Es Kostia. Toca porque está triste.

MASHA. *(Calladamente, gira un poco al son del vals.)* Lo principal, mamá, es no tenerle ante mis ojos. Créame: en cuanto le den el traslado a mi Semión, en un mes le habré olvidado. Todo esto son bobadas.

(Se abre la puerta de la izquierda. DORN *y* MEDVÉDENKO *entran empujando el sillón de ruedas de* SORIN.*)*

MEDVÉDENKO. Ahora tengo seis bocas en casa y la harina está a diez kopeks la libra.

DORN. Menudo problema.

MEDVÉDENKO. Usted puede reírse, claro. Como le sobra el dinero...

DORN. ¿El dinero? Amigo mío, al cabo de treinta años de ejercer mi profesión, treinta años durante los cuales no he sido dueño de mí mismo ni de día ni de noche, llegué a juntar dos mil rublos en todo por todo. Y me los he gastado hace poco en el extranjero. No tengo nada.

MASHA. *(A su marido.)* ¿No te habías marchado?

MEDVÉDENKO. *(Como disculpándose.)* ¿Qué puede uno hacer si no le prestan un caballo?

MASHA. *(A media voz, con amarga contrariedad.)* ¡Ojalá te perdiera de vista!

(El sillón ha sido conducido a la parte izquierda de la estancia. POLINA ANDRÉIEVNA, MASHA *y* DORN *se sientan alrededor.* MEDVÉDENKO *se aparta, abatido.)*

DORN. ¡Vaya si ha cambiado esto? De la sala, han hecho un cuarto de trabajo.

MASHA. Konstantín Gavrílich está aquí más a gusto para

escribir. Y en cualquier momento puede salir al jardín para pensar.

(Se oye al guarda que golpea su tabla.)

SORIN. ¿Dónde está mi hermana?
DORN. Ha ido a la estación a esperar a Trigorin. Enseguida volverá.
SORIN. Si han hecho ustedes venir a mi hermana será porque estoy grave. *(Después de una pausa.)* Esto sí que es curioso: estoy enfermo de gravedad, pero no me dan ninguna medicina.
DORN. ¿Y qué quiere usted? ¿Gotas de valeriana? ¿Bicarbonato? ¿Quinina?
SORIN. Ya empezamos con la filosofía. ¡Qué castigo, Señor! *(Señalando la cama turca con la cabeza.)* ¿Han preparado eso para mí?
POLINA ANDRÉIEVNA. Sí, Piotr Nikoláievich, para usted.
SORIN. Se lo agradezco.
DORN. *(Canturreando.)* «Boga la luna por el cielo nocturno...»
SORIN. Quiero darle a Kostia el tema para un relato. Tiene que titularse *El hombre que ha querido.* «L'homme qui a voulu». Allá en mi juventud yo hubiera querido hacerme literato y no lo conseguí; hubiera querido tener facilidad de palabra y era un pésimo orador *(Burlándose de sí mismo)* «conque y de manera que, y, en fin, así sucesivamente...», aunque lo peor era cuando no encontraba el modo de terminar y seguía dándole vueltas y sudando a chorros... hubiera querido casarme, y no me casé. Siempre quise vivir en la ciudad, y voy a terminar mi vida aquí, en el campo.
DORN. Quiso llegar a ser Consejero de Estado Efectivo y lo consiguió.
SORIN. *(Riendo.)* Eso, no es que yo lo quisiera: vino por sí solo.
DORN. Usted convendrá conmigo en que, a los sesenta y dos años, no es generoso mostrarse descontento de la vida.

SORIN. ¡Qué tozudez! ¡Pero, yo tengo ganas de vivir, compréndalo!
DORN. Eso es una frivolidad. Según las leyes de la naturaleza, toda vida ha de llegar a su término.
SORIN. Usted razona como un hombre bien comido. Está bien comido y por eso le deja indiferente la vida. A usted, todo le da igual. Sin embargo, también a usted le dará miedo morir.
DORN. El miedo a la muerte es un miedo animal... Hay que dominarlo. Conscientemente, sólo le temen a la muerte los que creen en la vida eterna porque les aterran sus pecados. Pero, ¿usted? Primero, usted no es creyente y, segundo, ¿cuáles son sus pecados? Lo único que ha hecho es servir en el departamento de Justicia durante veinticinco años.
SORIN. *(Riendo.)* Veintiocho...

(Entra TREPLEV *y se sienta en un escabel a los pies de* SORIN. MASHA *no aparta los ojos de él.)*

DORN. Estamos distrayendo de su trabajo a Konstantín Gavrílovich.
TREPLEV. No, no se preocupe.

(Pausa.)

MEDVÉDENKO. Permítame una pregunta, doctor. ¿Qué ciudad extranjera le ha gustado más?
DORN. Génova.
TREPLEV. ¿Y por qué razón Génova?
DORN. Por el maravilloso gentío que llena sus calles. Al atardecer, cuando sale uno del hotel, toda la calle está abarrotada de gente. Luego se mueve uno dentro de la multitud sin meta alguna, de aquí para allá, en zigzag, viviendo con ella, mezclándose psíquicamente con ella, y comienza a creer que, en efecto, es posible la existencia de un alma universal única por el estilo de la que representó aquella vez Nina Zaréchnaia en la obra

de usted. Y, a propósito, ¿dónde está ahora Zarechnaia? ¿Dónde y cómo se encuentra?

TREPLEV. Supongo que se encontrará bien.

DORN. Me han contado que ha tenido una vida algo especial. ¿De qué se trata?

TREPLEV. Es una larga historia, doctor.

DORN. Pues, resúmala.

(Pausa.)

TREPLEV. Se escapó de casa y se juntó con Trigorin. ¿Lo sabía usted?

DORN. Sí.

TREPLEV. Tuvo un niño. La criatura murió. Trigorin se cansó de ella y volvió a sus antiguos amoríos, como era de esperar. Aunque la verdad es que nunca los abandonó, sino que, con su abulia, se las ingenió para atender las dos relaciones. Por lo que he podido deducir de lo que ha llegado a mis oídos, la vida privada de Nina ha sido un fracaso.

DORN. ¿Y la del teatro?

TREPLEV. Me parece que todavía peor. Debutó en el teatro de un lugar de veraneo próximo a Moscú y luego se marchó a provincias. Por entonces yo no la perdía de vista y, durante algún tiempo, la seguí a todas partes. Solía aceptar papeles importantes, pero su manera de actuar era tosca, deslavazada, forzaba la voz y gesticulaba demasiado. A veces, pero sólo en algunos momentos, declamaba o moría con arte.

DORN. O sea, que sí tiene arte, ¿verdad?

TREPLEV. Yo no acabo de entenderlo. Es posible que sí lo tenga. Yo la veía, pero ella no quería verme a mí y en el hotel no me permitían subir a su cuarto. Comprendiendo su estado de ánimo, tampoco yo insistía en que me recibiera.

(Pausa.)

¿Qué más podría decirle? Luego, cuando volví aquí,

recibí algunas cartas suyas, cartas inteligentes, cálidas, llenas de interés. No se quejaba de nada, pero yo me daba cuenta de que era profundamente desgraciada. Cada una de las líneas era un nervio tenso y doliente. También acusaban una imaginación algo trastornada. Firmaba «Gaviota». Igual que el molinero de *La ondina* dice que es un cuervo, ella repetía en sus cartas que era una gaviota. Ahora está aquí.

DORN. ¿Cómo que está aquí?

TREPLEV. En la ciudad. En la posada. Hace cosa de cinco días que se hospeda allí. Yo habría ido a verla, pero María Ilínichna lo intentó y volvió diciendo que no recibe a nadie. Semión Semiónovich afirma haberla visto ayer por la tarde en el campo, a dos kilómetros de aquí.

MEDVÉDENKO. Sí que la vi. Iba en aquella dirección, hacia la ciudad. Yo la saludé, le pregunté por qué no nos visitaba. Y ella dijo que vendría.

TREPLEV. No vendrá.

(Pausa.)

El padre y la madrastra no quieren saber nada de ella. Han puesto guardas por todas partes para que no pueda ni acercarse a la finca. *(Se aparta con* DORN *hacia la mesa.)* ¡Qué fácil es hacer de filósofo en el papel, doctor, pero qué difícil resulta en la realidad!

SORIN. Era una muchacha encantadora.

DORN. ¿Decía usted?

SORIN. Decía que era una muchacha encantadora. Y el Consejero de Estado Efectivo Sorin estuvo incluso enamorado de ella durante algún tiempo.

DORN. Viejo donjuán.

(Se oye reír a SHAMRÁEV.)

POLINA ANDRÉIEVNA. Parece que ya vuelven de la estación...

TREPLEV. Sí. Oigo la voz de mamá.

(Entran ARKÁDINA *y* TRIGORIN, *seguidos de* SHAMRÁEV.)

SHAMRÁEV. *(Al entrar.)* Nosotros nos hacemos viejos, nos ajamos bajo los efectos de la naturaleza, y usted, en cambio, sigue tan joven... Esa blusa clara... esa animación... esa elegancia...

ARKÁDINA. ¿Quiere hacerme mal de ojo?

TRIGORIN. *(A* SORIN.) Buenas tardes, Piotr Nikoláievich. ¿Todavía sigue con sus achaques? Eso no está bien. *(Efusivamente, al ver a* MARSHA.) ¡María Ilínichna!

MASHA. ¿Me ha reconocido? *(Le estrecha la mano.)*

TRIGORIN. ¿Se ha casado usted?

MASHA. Hace ya tiempo.

TRIGORIN. ¿Es feliz? *(Saluda a* DORN *y* MEDVÉDENKO. *Luego, indeciso, se acerca a* TREPLEV.) Irina Nikoláievna me ha dicho que ha olvidado usted lo ocurrido y ya no está enfadado.

(TREPLEV *le tiende la mano.)*

ARKÁDINA. *(A su hijo.)* Borís Alexéievich te ha traído una revista que publica otro relato tuyo.

TREPLEV. *(Tomando la revista que le ofrece* TRIGORIN.) Gracias. Es usted muy amable.

(Se sientan.)

TRIGORIN. Sus admiradores le mandan recuerdos... La gente se interesa por usted en San Petersburgo y en Moscú. A mí suelen preguntarme cómo es usted, cuántos años tiene, si es moreno o rubio. Ignoro por qué razón, todos piensan que no es usted joven. Y nadie conoce su apellido auténtico, puesto que firma con seudónimo. Es usted misterioso como la Máscara de Hierro.

TREPLEV. ¿Pasará mucho tiempo aquí?

TRIGORIN. No. Mañana pienso salir para Moscú. Necesito estar allí. Debo teminar enseguida un relato y luego he prometido también alguna cosa para una compilación. En fin, la historia de siempre.

(Mientras ellos hablan, ARKÁDINA *y* POLINA ANDRÉIEVNA *llevan hasta el centro de la habitación una mesita de juego y la abren.* SHAMRÁEV *enciende unas velas y coloca las sillas. De una alacena, sacan un juego de lotería.)*

El tiempo no me ha acogido muy bien. Hace un vendaval... Mañana, si amaina, me acercaré al lago a pescar. Por cierto: quiero visitar el jardín y el sitio donde representaron su obra, ¿se acuerda? Tengo un tema ya cuajado y sólo necesito reconstruir en mi mente el lugar de la acción.

MASHA. *(A su padre.)* Papá: deje que mi marido se lleve un caballo. Necesita volver a casa.

SHAMRÁEV. *(Remedándola.)* Un caballo... Volver a casa... *(Severo.)* Tú misma has visto que acabo de mandar un coche a la estación. No voy a engancharlo otra vez.

MASHA. Pero, hay otros caballos... *(Con ademán evasivo, al ver que su padre no contesta.)* Con usted, todo es inútil...

MEDVÉDENKO. Volveré andando, Masha. De veras...

POLINA ANDRÉIEVNA. *(Suspirando.)* Andando, con este tiempo... *(Se sienta a la mesita de juego.)* Cuando ustedes quieran.

MEDVÉDENKO. No son más que seis kilómetros... Adiós... *(Besa la mano de su esposa y luego la de su suegra, que se la tiende de mala gana.)* No quisiera molestar a nadie, pero el niño... *(Se inclina, despidiéndose de todos.)* Adiós... *(Mutis, caminando como si se sintiera culpable.)*

SHAMRÁEV. Llegará perfectamente andando. No es ningún general.

POLINA ANDRÉIEVNA. *(Pega unos golpecitos en la mesa.)* Por favor, caballeros, no perdamos tiempo. Pronto anunciarán la cena.

(SHAMRÁEV, MASHA *y* DORN *toman asiento en torno a la mesita.)*

ARKÁDINA. *(A* TRIGORIN.) Cuando llegan estas largas veladas otoñales, aquí se juega a la lotería. Fíjese: es la misma lotería con que mi madre jugaba con nosotros cuando éramos pequeños. ¿No quiere echar una partida con nosotros antes de cenar? *(Ella y* TRIGORIN *se sientan también.)* Es un juego aburrido, pero se pasa el rato. *(Cada uno toma tres cartones.)*

TREPLEV. *(Hojeando la revista.)* El suyo, lo ha leído; pero ni siquiera ha cortado las páginas donde se publica el mío. *(Deja la revista sobre la mesa de escritorio y se dirige hacia la puerta izquierda; al pasar cerca de su madre, le da un beso en el pelo.)*

ARKÁDINA. ¿Y tú, Kostia?

TREPLEV. Perdona, pero no me apetece... Voy a dar una vuelta. *(Mutis.)*

ARKÁDINA. Jugamos a diez kopeks. Ponga usted por mí, doctor.

DORN. A sus órdenes.

MASHA. ¿Todos han puesto ya? Empiezo... El veintidós.

ARKÁDINA. Lo tengo.

MASHA. El tres...

DORN. Es mío.

MASHA. ¿Está el tres? El ocho. El ochenta y uno. El diez.

SHAMRÁEV. No corras tanto.

ARKÁDINA. ¡Qué recibimiento me hicieron en Járkov! ¡Dios santo! Todavía estoy como mareada.

MASHA. El treinta y cuatro.

(Se oye tocar un vals melancólico.)

ARKÁDINA. Lo de los estudiantes fue una ovación... Tres cestas de flores, dos coronas... y esto *(Se quita un prendedor que lleva sobre el pecho y lo arroja encima de la mesa.)*

SHAMRÁEV. Buen obsequio...

MASHA. El cincuenta.

DORN. ¿El cincuenta pelado?

ARKÁDINA. Llevaba yo un traje precioso... Porque yo, en eso del vestir, entiendo lo mío.

POLINA ANDRÉIEVNA. Kostia se ha puesto a tocar. El pobre, está triste.

SHAMRÁEV. Los periódicos se meten mucho con él.

MASHA. El setenta y siete.

ARKÁDINA. ¿Quién hace caso de eso?

TRIGORIN. No tiene suerte. Y es que no acaba de dar con el tono justo. Escribe de un modo extraño, impreciso, que a veces parece un delirio. No pinta ni a una persona viva.

MASHA. El once.

ARKÁDINA. *(Volviéndose hacia* SORIN.) ¿No te aburres, Petrusha?

(Pausa.)

Se ha dormido.

DORN. El Consejero de Estado Efectivo se ha dormido.

MASHA. El siete. El noventa.

TRIGORIN. Si yo viviera en una finca como ésta, junto a un lago, ¿creen ustedes que iba a dedicarme a escribir? ¡Quiá! Abandonaría esa pasión y no haría más que pescar.

MASHA. El veintiocho.

TRIGORIN. Pescar un gobio o una perca... ¡Qué delicia!

DORN. Pues, yo confío en Konstantín Gavrílich. ¡Tiene algo! ¡Tiene algo! Maneja las imágenes, sus relatos tienen color y luz... Yo me compenetro con ellos. Lástima que no se trace tareas determinadas. Impresiona y nada más. Pero es que, sólo con impresionar, no se va muy lejos. Y usted, Irina Nikoláievna, ¿se alegra de que su hijo sea escritor?

ARKÁDINA. Imagínese usted que todavía no he leído lo que escribe. Siempre me falta tiempo.

MASHA. El veintiséis.

(TREPLEV *entra sin ruido y va hacia su mesa.)*

SHAMRÁEV. *(A* TRIGORIN.) Por cierto, Borís Alexéievich: hemos conservado aquel objeto suyo.

TRIGORIN. ¿Qué objeto?
SHAMRÁEV. La gaviota que mató un día Konstantín Gavrílich y usted mandó disecar.
TRIGORIN. No me acuerdo. *(Después de pensar un poco.)* ¡No me acuerdo!
MASHA. El sesenta y seis. El uno.
TREPLEV. *(Abre una ventana y presta oído.)* ¡Qué oscuridad! No comprendo por qué siento tanto desasosiego.
ARKÁDINA. Cierra la ventana, Kostia. Hace corriente.

(TREPLEV *cierra la ventana.*)

MASHA. El ochenta y ocho.
TRIGORIN. Cartón completo, caballeros.
ARKÁDINA. *(Palmoteando.)* ¡Bravo, bravo!
SHAMRÁEV. ¡Bravo!
ARKÁDINA. Este hombre siempre tiene suerte en todas partes. *(Se levanta.)* Y, ahora, vamos a comer algo. Esta celebridad no ha almorzado hoy. Después de cenar seguiremos *(A su hijo.)* Deja tus manuscritos, Kostia, y vamos a cenar.
TREPLEV. No, mamá; no tengo apetito.
ARKÁDINA. Allá tú. *(Despertando a* SORIN.*)* Petrusha, vamos a cenar. *(Toma el brazo de* SHAMRÁEV.*)* Le contaré a usted el recibimiento que me hicieron en Járkov.

(POLINA ANDRÉIEVNA *apaga las velas que hay encima de la mesa. Luego, ella y* DORN *empujan el sillón de* SORIN. *Mutis de todos por la puerta de la izquierda. Sólo queda en escena* TREPLEV, *junto a la mesa de escritorio.*)

TREPLEV. *(Se dispone a escribir. Ojea unas cuartillas.)* Tanto como he hablado de formas nuevas, y ahora noto que caigo poco a poco en la rutina. *(Leyendo.)* «Un cartel pegado en la tapia decía... El rostro pálido, enmarcado por los cabellos oscuros...» Decía, enmarcado... Esto es inepto. *(Tacha algo.)* Empezaré por donde el ruido de la lluvia despierta al protagonista, y fuera todo lo demás. La descripción de la noche de luna es larga y rebuscada. Trigorin ha elaborado ya ciertos métodos y se le da bien... Con el cuello de una botella rota brillando en una represa y la sombra oscura de la rueda de un molino, ya tiene una noche de luna. En cambio yo... Que si la luz trémula, que si el callado titilar de las estrellas, que si las notas lejanas de un piano que expiran en el aire, suave y fragante... Esto es un tormento.

(Pausa.)

Nada: cada día me convenzo más de que no se trata de formas viejas ni de formas nuevas; se trata de que el hombre escriba sin pensar en formas, de que escriba porque así le sale espontáneamente del alma.

(Alguien llama a la ventana próxima a la mesa.)

¿Qué será eso? *(Mira por el cristal.)* No se ve nada... *(Abre la puerta encristalada y se asoma al jardín.)* Alguien ha bajado corriendo los peldaños. *(Llamando.)* ¿Quién anda ahí? *(Sale. Se le oye caminar rápidamente por la terraza y, a los pocos instantes, vuelve con* NINA ZARÉCHNAIA.*)* ¡Nina! ¡Nina!

(NINA *reclina la cabeza en el pecho de* TREPLEV *y solloza sofocadamente.*)

(Conmovido.) ¡Nina! ¡Nina! Es usted... usted... Tenía el presentimiento. Durante todo el día he sentido congoja en el alma. *(Le quita el sombrero y la manteleta.)* ¡Oh, mi Nina, tan buena, tan preciosa! Ha venido. Pero, no llore, no llore.
NINA. Hay alguien aquí.
TREPLEV. No, nadie.
NINA. Cierre las puertas, no vayan a entrar.
TREPLEV. Nadie entrará.
NINA. Sé que Irina Nikoláievna está aquí. Cierre las puertas...
TREPLEV. *(Cierra la puerta de la derecha con llave y se acerca a la*

otra.) Ésta no se cierra con llave. Pondré un sillón para atrancarla. *(Lo hace.)* No tema: nadie entrará.

NINA. *(Con los ojos clavados en el rostro de* TREPLEV.*)* Deje que le vea. *(Mira a su alrededor.)* Esto está tibio y acogedor... Antes, era una sala. ¿He cambiado mucho?

TREPLEV. Sí... Ha adelgazado y los ojos se le han hecho más grandes. Me parece extraño estar viéndola, Nina. ¿Por qué se negaba usted a recibirme? ¿Cómo no ha venido hasta hoy? Ya sé que lleva casi una semana en la ciudad... Yo he ido a diario, varias veces, quedándome al pie de su ventana como un pordiosero.

NINA. Temía que me aborreciera. Todas las noches sueño que me mira usted y no me reconoce. ¡Si supiera! Desde que llegué, he andado por aquí... cerca del lago. También he estado muchas veces cerca de su casa, sin atreverme a entrar. Vamos a sentarnos.

(Se sientan.)

Vamos a sentarnos y a hablar. Hablar... Sí, esto está tibio y acogedor... ¿Oye el viento? Turguénev escribió en algún sitio: «En tales noches, feliz quien se encuentra bajo techado, quien tiene un rincón tibio donde recogerse.» Soy una gaviota... No, no es eso. *(Se frota la frente.)* ¿De qué estaba hablando? ¡Ah, sí! De Turguénev... «Y Dios ampare a todos los caminantes sin cobijo...» No es nada. *(Solloza.)*

TREPLEV. Llora otra vez, Nina... ¡Nina!

NINA. No es nada. Esto me alivia... Hacía ya dos años que no lloraba. Anoche, ya muy tarde, vine al jardín para ver si continuaba en pie nuestro teatro. Y allí sigue. Rompí a llorar por primera vez al cabo de dos años y me sentí mejor, noté como una luz en el alma. ¿Ve usted? Ya no lloro. *(Le toma una mano.)* De modo, que ya es usted escritor. Usted escritor y yo actriz... En buena nos hemos metido los dos... Yo vivía tan feliz, como una criatura; en cuanto me despertaba, me ponía a cantar. Le amaba a usted, soñaba con la gloria. ¿Y ahora? Mañana temprano debo tomar el tren para Elets. En

tercera, con los campesinos. Y, una vez en Elets, los comerciantes ilustrados me atosigarán con sus cumplidos. ¡Qué vida más zafia!

TREPLEV. ¿Por qué va a Elets?

NINA. Porque he firmado un contrato para todo el invierno. Tengo que marcharme ya.

TREPLEV. Yo la he maldecido a usted, Nina, la he odiado, he roto sus cartas y sus fotografías, pero en todo momento he tenido la convicción de que mi alma estaba unida a la suya para siempre. No tengo fuerzas para dejar de amarla, Nina. Desde que la perdí a usted y desde que empezaron a publicar lo que escribo, la vida se me ha hecho insoportable. Sufro mucho... Mi juventud se ha esfumado de pronto y tengo la impresión de haber vivido noventa años. La llamo a usted, beso la tierra que usted pisó y, adondequiera que miro, veo su rostro y esta amable sonrisa que iluminó los mejores años de mi vida...

NINA. *(Perpleja.)* ¿Por qué habla así, por qué?

TREPLEV. Estoy solo, no tengo el calor de ningún afecto, siento frío como en una cueva y, escriba lo que escriba, todo resulta seco, áspero, sombrío. Quédese aquí, Nina, se lo suplico, o permítame seguirla.

(NINA *vuelve a ponerse precipitadamente el sombrero y la manteleta.*)

Nina, ¿por qué hace esto? Por el amor de Dios, Nina...

(Pausa, mientras mira cómo se prepara Nina.)

NINA. He dejado el coche en la puerta del jardín. No me acompañe, iré yo sola... *(Con lágrimas en la voz.)* Déme un poco de agua.

TREPLEV. *(Le ofrece un vaso.)* ¿Adónde va ahora?

NINA. A la ciudad.

(Pausa.)

¿Está aquí Irina Nikoláievna?

TREPLEV. Sí... Mi tío se sintió mal el jueves y le enviamos un telegrama a mamá para que viniese.

NINA. ¿Por qué dice que besaba la tierra que yo pisé? A mí, habría que matarme. *(Se apoya en la mesa.)* Estoy extenuada. Si pudiera descansar... descansar... *(Levanta la cabeza.)* Soy una gaviota... No, no. Soy una actriz. ¡Pues, claro que sí! *(Al escuchar la risa de* ARKÁDINA *y* TRIGORIN *presta oído, luego corre hacia la puerta de la izquierda y mira por el ojo de la cerradura.)* Él también está aquí... *(Vuelve al lado de* TREPLEV.) Sí, claro... No importa... Sí... Él no creía en el teatro, se burlaba de mis sueños y, poco a poco, también yo perdí la fe y los ánimos... Y, luego, los azares del amor, los celos, el temor constante por el pequeño. Me volví quisquillosa, insignificante, actuaba sin compenetrarme con el papel... No sabía qué hacer con las manos ni cómo moverme en el escenario, estaba envarada, no dominaba mi voz. Usted no puede comprender lo que experimenta una actriz al darse cuenta de que su actuación es horrible. Soy una gaviota. No, no es eso... ¿Se acuerda de la gaviota que mató usted? Llegó un hombre fortuitamente, la vio y, a falta de otro quehacer, le quitó la vida. Pero, no es eso... *(Se frota la frente.)* ¿De qué estaba hablando? Estaba hablando del teatro. Ahora, ya no soy así... Ya soy toda una actriz... Sí, actúo con deleite, con entusiasmo, el escenario me embriaga y noto que soy maravillosa. Ahora, desde que me encuentro aquí, no hago más que caminar. Camino pensando, absorta, y noto que mi fuerza interior crece de día a día... Ahora sé, ahora comprendo, Kostia, que en este quehacer nuestro —tanto si actuamos en escena como si escribimos—, lo esencial no es la gloria, no es la notoriedad, no es lo que constituía mis sueños, sino que es el aguante. Debemos llevar nuestra cruz y confiar. Yo tengo fe y por eso no sufro tanto, por eso no le temo a la vida, pienso en mi vocación.

TREPLEV. *(Con pesar.)* Usted ha encontrado su camino, usted sabe hacia donde va; pero yo me debato todavía en un caos de sueños y de imágenes, sin saber para qué ni para quién sirven. Yo no tengo fe ni tampoco sé cuál es mi vocación.

NINA. *(Prestando oído.)* Sss... Me voy. Adiós. Cuando sea una gran actriz, venga a verme. ¿Me lo promete? Y ahora... *(Le estrecha la mano.)* Es tarde... Apenas puedo sostenerme..., estoy extenuada, tengo hambre...

TREPLEV. Quédese. Le traeré algo de cena...

NINA. No, no... Y no me acompañe. Iré sola. El coche está aquí cerca... De manera que le ha traído con ella. En fin, ¿qué importa? Cuando vea usted a Trigorin, no le cuente nada... Le amo. Le amo incluso más que antes. El tema para un pequeño relato. Le amo, le amo con pasión, le amo desesperadamente. ¡Qué bien vivíamos antes, Kostia! ¿Se acuerda? Una vida diáfana, cálida, dichosa, una vida pura... Y unos sentimiento que eran como bellas y delicadas flores... ¿Recuerda?... *(Recitando.)* «Hombres, leones, águilas y perdices, ciervos astados, gansos, arañas, callados peces que habitáis en el agua, estrellas de mar y estrellas que no podrían divisarse con la vista... En una palabra, todas las vidas, todas las vidas, todas las vidas se han extinguido una vez terminado su triste ciclo... Hace millares de siglos que no hay sobre la faz de la tierra ni un solo ser vivo y en vano enciende su fanal esta pobre luna. Las grullas no se despiertan ya gritando en el prado ni se escucha a los escarabajos de mayo en los sotos de tilos...» *(Abraza impulsivamente a* TREPLEV *y escapa por la puerta encristalada.)*

TREPLEV. *(Después de una pausa.)* Malo será que se tropiece alguien con ella en el jardín y se lo cuente luego a mamá... *(Durante un par de minutos, rompe en silencio todos sus manuscritos y los arroja al suelo. Luego abre la puerta de la derecha y sale.)*

DORN. *(Fuera, tratando de abrir la puerta de la izquierda.)* Qué raro. Esta puerta parece atrancada... *(Entra por la otra puerta y pone el sillón en su sitio.)* Parece una carrera de obstáculos.

(Entran ARKÁDINA *y* POLINA ANDRÉIEVNA, *seguidas de* YÁKOV, *con unas botellas, de* MASHA, SHAMRÁEV *y* TRIGORIN.)

ARKÁDINA. El vino tinto, y la cerveza para Borís Alexéievich, aquí, encima de la mesa. Beberemos mientras jugamos. Vamos a sentarnos.

POLINA ANDRÉIEVNA. *(A* YÁKOV.) Trae también el té enseguida. *(Enciende las velas y se sienta a la mesita de juego.)*

SHAMRÁEV. *(Llevando a* TRIGORIN *hacia un armarito:)* Aquí está el objeto del que le hablaba antes... *(Saca del armarito una gaviota disecada.)* Como usted lo encargó.

TRIGORIN. *(Contemplando la gaviota.)* No recuerdo. *(Se queda pensando.)* ¡No me acuerdo!

(Fuera, hacia la derecha, se escucha un disparo. Todos se sobresaltan.)

ARKÁDINA. *(Asustada.)* ¿Qué ha sido eso?

DORN. Nada. Quizá haya estallado algo en mi maletín. *(Sale por la puerta de la derecha y vuelve enseguida.)* Efectivamente: ha saltado el tapón de un frasco de éter. *(Canturrea.)* «De nuevo ante ti, me tienes fascinado...»

ARKÁDINA. *(Sentándose a la mesa.)* ¡Qué susto me he llevado! Me ha traído a la memoria... *(Se cubre el rostro con las manos.)* Hasta se me ha nublado la vista...

DORN. *(A* TRIGORIN, *mientras disimula hojeando la revista.)* Hace un mes publicaron aquí un artículo... era una carta de América, y quería preguntarle... *(Le lleva hacia el proscenio echándole un brazo por la espalda.)* Ya que esta cuestión me interesa mucho... *(Bajando la voz.)* Llévese de aquí a Irina Nikoláievna con cualquier pretexto: Konstantín Gavrílovich se ha pegado un tiro.

Telón

EL TÍO VANIA

ESCENAS DE LA VIDA EN EL CAMPO EN CUATRO ACTOS

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP